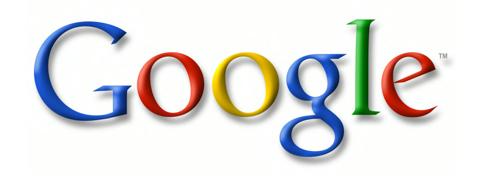



La América Central
Alfredo Opisso




VIAJES
POR
AMÉRICA
A·J·BASTIÑOS
EDITOR



LA

AMÉRICA CENTRAL

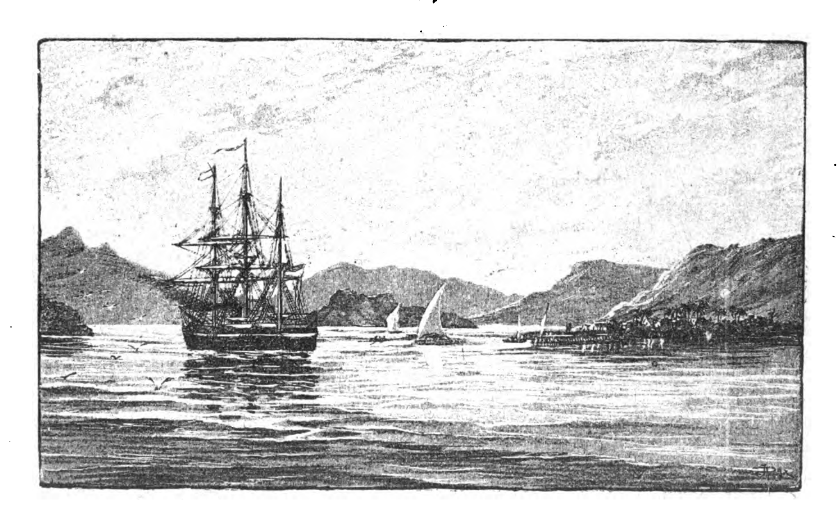
COSTA-RICA—GUATEMALA
EL SALVADOR—HONDURAS—NICARAGUA

SU HISTORIA, GEOGRAFÍA, PRODUCCIÓN, ETNOGRAFÍA
Y COSTUMBRES

POR

D. ALFREDO OPISSO



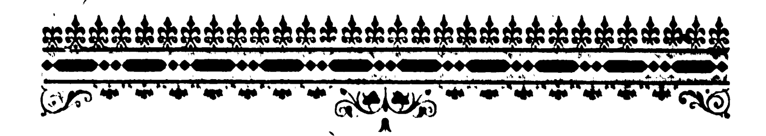


BARCELONA
LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR
CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306
1898





Imprenta de Jaime Jepús, Notariado, 9, Teléfono 151.—BARCELONA-206



LA AMÉRICA CENTRAL

I

De como Federico Artola, ingeniero de minas, se marchó á Nicaragua-Corinto.—La conquista de Nicaragua.

Siempre habían tenido sus condiscípulos de la Escuela de Minas á Federico Artola por un chico que haría gran carrera. Nunca se le oyó hablar de cuando se encontraría inspector de primera clase ó director de las minas propiedad del Estado sino que sus aspiraciones, á dar fe á lo que decía, eran muy distintas y estaban cifradas en ver mucho, en explorar mucho, y, á ser posible, en labrarse una fortuna de esas que se cifran por millones de duros. Era, pues, un joven apasionadísimo por la ciencia, pero sin descuidar por eso la adquisición de un capital que le colocase por encima de los vulgares ren-

tistas de diez ó doce mil pesetas. Todo podía conciliarse, según él.

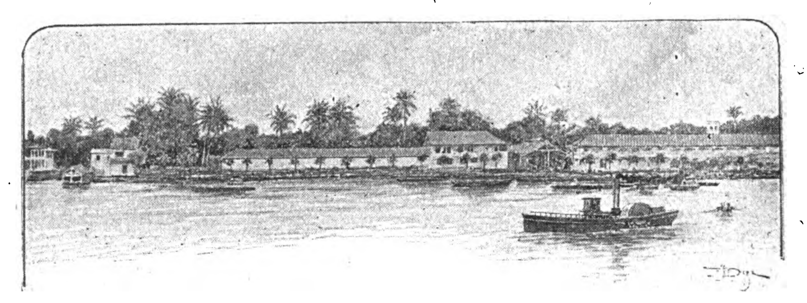
No tuvo, pues, nada de extraño que, terminada su carrera, cuando contaba apenas veintidós abriles, en lugar de *salir á provincias* con nueve mil realejos de sueldo, quisiese volar con sus propias alas, despreciando el puesto que se le ofrecía en el *presu-idem*, y se plantase de un salto nada menos que en Colón, donde se hallaban reunidos por aquel entonces millares de trabajadores,—lo mejor de cada casa,—ocupados en la apertura del istmo de Panamá. Al momento fué colocado en las obras, con un espléndido y bien cobrado sueldo, pero apenas hacía un año que desempeñaba su cargo cuando sobrevino el celebérrimo *Krack* ó quiebra, y Federico Artola se encontró sin empleo, aunque con diez mil francos, sonantes y contantes, en el bolsillo.

La verdad sea dicha, no le puso muy en cuidado su forzada cesantía, pues empezaba ya á cansarse de no tener que hacer más que calcular desmontes y acarreos, y habiendo oido hablar vagamente de que existían en Chontales,—Nicaragua,—unas minas de oro que, al parecer producían grandes rendimientos, faltóle tiempo para trasladarse á la próspera república centro-americana, desembarcando triunfalmente en Corinto, y decimos triunfalmente, porque era precisamente cuando los ingleses ocuparon aquella ciudad, y Artola, que era grande enemigo de la pérfida Albión tuvo la ocurrencia de gritar, apenas puso pie en tierra:—*¡Viva Nicaragua!*

Y ahora, permítanos el lector que, interrumpiendo nuestra narración, digamos que Corinto es una población emplazada en la extremidad meridional de la *isla de los Aserradores* y que hacen escala en su puerto casi todos los vapores que prestan servicio en las costas del Pacífico. La isla susodicha mide 20 kilómetros de longitud y se halla situada entre el Grande Océano y el

canal de Limón. Fué fundada la ciudad, en 1863, en el lugar donde se levantaba la aldehuela de Punta Icacos, y su fondeadero es uno de los más excelentes del grande istmo americano.

Ya se comprenderá que á pesar de su ilustre nombre no hay que buscar en la Corinto nicaragüense ningún monumento, más ó menos ruinoso, que recuerde á su tocaya la Grecia: todo son almacenes, casas de nada



Puerto de Corinto.

artística apariencia, alguna que otra iglesia de insignificante arquitectura, y géneros ingleses; muchos géneros ingleses.

Poco tiempo permaneció nuestro ingeniero en *la ocupada* ciudad, cuyo millar y medio de habitantes estaban fuera de sí con la insolente soberbia de los ingleses, que por cobrarse unos miserables cuartos no vacilaban en cometer un execrable atropello, y embarcándose en un vaporcito de ruedas salió para Realejo, magnífico fondeadero allí cercano, en el litoral de tierra firme, y hoy casi abandonado en beneficio de *Barquito*, factoría á 17 kilómetros de Corinto, en el estuario, ó estero, del Limón.

Nada de particular ofrecía Realejo, villorio compuesto de unos cuantos bohíos, de algunas casas de madera cu-

biertas con elevados y puntiagudos techos de caña, palmas ó largas hierbas filamentosas, una iglesia y la estación del ferrocarril, pero en cambio hubo de sentirse profundamente impresionado nuestro viajero ante la espléndida naturaleza que á su vista se ofrecía: elevadas sierras, cubiertas de arboleda; extensos campos plantados de maiz; vastas praderas de un verde de esmeralda; deliciosos vergeles en que á la sombra del tupido follaje de las copas mostraban sus corolas de vivísimos colores flores innumerables. Á un lado, el Pacífico; en lontananza, hacia Oriente, altas mesetas, elevados montes cónicos, de cuyos vértices estaba siempre á punto de surgir la lava devastadora; en su profunda emoción, íbanse los ojos de nuestro héroe ora de una ceiba de desaforadas proporciones á una calabaza de descomunal tamaño, ora de un espesillo de elevadísimas palmeras á un parterre de rosas, fuchsias y rosadas glicinas.

Acercóse Federico á una cantina que por allí vió, pidió una cerveza, y el indio que despachaba le contestó que no tenía en su *tienda* más que *chibcha*. ¡Vaya por la chibcha! Aceptó nuestro héroe, y tragó aquel infernal brebaje, obtenido por fermentación del zumo de la caña. No le gustó nada, ¡pero se sintió algún tanto repuesto del cansancio, y acto seguido tomó el tren que debía conducirle á orillas del lago de Managua y se instaló en un coche donde se encontró por compañeros con algunos norte-americanos, bien poco comunicativos por su facha.

Catorce kilómetros debía recorrer Artola, hasta llegar á término; era sofocante el calor, á aquella hora,—las cuatro de la tarde,—y por ganas que tuviese de contemplar el paisaje debió renunciar á su propósito, cayendo á no tardar en una especie de modorra que, sin dejarle completamente entregado en brazos de Morfeo, le impedía tener abiertos los ojos y moverse.

Federico Artola, que, no por poseer perfectamente el francés, dejaba de hablar como Dios manda su lengua patria, el castellano, tenía plena conciencia de su estado, y así fué como en vez de calificarlo de *rêverie* lo tomó lisa y llanamente por un *ensueño*. Y he aquí, ahora, lo que en entrecortadas frases, fué murmurando en su *ensueño* susodicho...

—Estoy en Nicaragua... El primero en descubrir y andar esta costa fué Gil Sánchez de Ávila en 1522, llevando de piloto á Andrés Niño; buscaba un paso que evitase tener que bajar hasta el estrecho de Magallanes para pasar desde el mar del Sur (Pacífico) al mar del Norte (Atlántico,) y naturalmente no lo halló; como que ese paso era el que estaba yo abriendo cuando quebró la Compañía... ¡Y ya están frescos, me parece, los Lesseps, Eiffel y demás directores y empresarios!... Asi es que el pobre Gil Sánchez se comió todo los víveres que traía á bordo, es decir, él sólo, no, sino también los muchos españoles é indios que traia, amen de unos cuantos caballos, y se quedó sin carabelas por habérselas comido á su vez la broma; *polilla,* que decimos hoy...

Ea; ya tenemos á Gil González, en el territorio de esta actual república. Se topa con un río, y le bautiza con el nombre de *Río de la Posesión;* vé una isla, y la da el apellido de su protector, el Obispo de Burgos Sr. Fonseca, presidente del Consejo de Indias; echa el ojo á una isla y la inmortaliza con el dulce nombre de *Petronila,* por llamarse así una su sobrinita... Puesto nuestro Gil González al frente de cien castellanos y cuatro caballos se encuentra con un tal Nicoyan, rico y poderoso magnate, con quien al punto se hace amigo, tanto que Nicoyan le regala catorce mil pesos en oro fino y seis ídolos del mismo metal, llamado vil por los poetas. Cada ídolo tenía más de un palmo. Por de contado Nicogan y sus vasallos se convirtieron al punto al cristianismo,

y por eso se desprendió tan generosamente de aquellas figurillas.

Supo Gil González que cincuenta leguas tierra adentro había un gran rey llamado Nicaragua, y hacia allá se fué. Nicaragua les recibió muy bien á los nuestros, les dió 25.000 pesos de oro, aunque bajo, y mucha ropa y plumajes. El de Ávila correspondió á la fineza con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana y otras preciosidades, y en breve tiempo se convirtieron á la fe cristiana Nicaragua y nueve mil vasallos suyos. por obra y gracia de Gil y de un fraile de la Merced... Y aun no fué ese el único bien que resultó, sino que se les pudo convencer á aquella gente de que no anduviesen siempre en guerra con sus vecinos y se abstuviesen de emborracharse para bailar, como solían, desde tiempo inmemorial. Y ahora, antes de pasar más adelante en mis soñolientas remembranzas, conste que el buen Nicaragua dejó pasmados á Gil González, al fraile mercedario y á cuantos castellanos le oyeron con sus ingeniosas é intencionadas preguntas. Tanto que Gómara no se recata de decir que «nunca indio, á lo que alcanzo, habló como él á nuestros españoles.»

No se dormía sobre las pajas Gil González, y para ver si aquellas tierras confinaban con las que Cortés iba conquistando (que no confinaban aun, pero habían de confinar pronto,) reconoció el país, hallando él muchos lugares, sino grandes, muy buenos y bien poblados. Agolpábase la gente para ver pasar á nuestros españoles, y llovían sobre ellos los regalos, ora gallipavos, ora armas ó utensilios de oro, aunque como el otro, también bajo.

Tanta bienandanza acabó sin embargo el día que Gil González se topó con un cacique llamado Diriangen, que, á traición le acometió con grandísimo número de gente, de manera que el de Ávila hubo de declararse en reti-

rada y pasar las de Cain hasta llegar de nuevo á la costa, para lo cual debió andar doscientas leguas en medio de los más terribles trabajos. Salvaron, sin embargo, los españoles el pellejo, cosa principal, y pudieron participar á sus compañeros de Panamá y Santo Domingo la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de Nicaragua.

No cayó en saco roto la noticia á Pedrarias de Ávila, —aquel malvado intrigante, gobernador de *Castilla de Oro* (1) que degolló al gran Vasco Nuñez de Balboa descubridor del Pacífico,—el cual Pedrarias envió al punto una expedición á Nicaragua al mando de Francisco Hernández. Poco después, é ignorando que le habían ganado la delantera, comparecía de nuevo allí Gil González, que había esta vez tomado tierra en Honduras, esto es, que había ido á Nicaragua por el Atlánlántico en vez de ir por el Pacífico. Peleóse González con Hernández, pero le venció éste, por lo cual se retiró el otro á sus carabelas, donde fué preso por Cristóbal de Olid, capitán de Cortés sublevado contra su general; Pedrarias, que recibió la cesantía por aquel tiempo, se fué contra Hernández, so pretexto de que trataba de alzársele con el gobierno de Nicaragua, que era suyo, é hizo con él lo mismo que hiciera en 1514 con el gran Vasco Núñez. Y ahora recuerdo que Gil Sánchez, al poco tiempo, consiguió escaparse de la prisión, armó un pronunciamiento, y le cortó la cabeza al rebelde Olid...

Después, formó parte Nicaragua de la capitanía general de Guatemala, dependiente del virreinato de Méjico; Guatemala recabó su autonomía en 1821, quedando incorporado á Méjico; á la caída de Iturbide se constituyó en república independiente (1823) en forma de una con-

(1) Meseta de Veragua, que pertenece geográficamente á Costa Rica y políticamente á Colombia.

federación que se disolvió en 1839, para formarse las cinco Repúblicas independientes de Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, contando de NO. á SE.

Un tremendo sacudimiento del tren sacó á Fedrico Artola de su ensueño para volverle á la realidad presente; el tren se había detenido en la estación de Momotombo.

II

En Nicaragua.—Geografía física de la América Central.

El espectáculo que se ofreció á los ojos de nuestro héroe era deslumbrador. El tren seguía por la orilla occidental del lago de Managua (ó de León), en cuyas límpidas aguas se reflejaba la verdura túpida de sus orillas y en torno del cual erguían sus arrogantes moles encumbrados montes, entre los cuales descollaba el famoso *Momotombo* (1830 metros), volcán temible, que á veces ha ocasionado calamitosos desastres en la ciudad que se levanta á sus pies.

Ya el sol dejaba de picar con la violencia que antes; soplaba una fresca brisa, y Federico Artola, sacudiendo enérgicamente su modorra resolvió ver y hacerse cargo. Veía en lontananza á León, situada á corta distancia de la extremidad NO del lago, y, en vista de sus torres y campanarios recordaba que aquella población, antigua capital de la República, era designada con el nombre de la «ciudad monumental» de Nicaragua.

Rendido Artola por la fatiga del viaje dejó para el siguiente día la visita de la ciudad y fuese para la fonda, que era buena y limpia.

Y á buena parte le llevó la casualidad, pues se encontró con un compañero que ni encargado adrede para

proporcionarle los más minuciosos detalles sobre aquel país. Era el tal un inglés, ingeniero como él, pero que había abandonado completamente su profesión desde hacía tres años, para dedicarse en cuerpo y alma al estudio de la historia natural de Nicaragua, siguiendo las huellas del ilustre Tomás Bell.



Volcán de Momotombo.—Nicaragua.

Conocíase que Mr. Odd, que así se llamaba el buen inglés, tenía grandísimos deseos de echar una parrafada con alguien que se interesase en sus estudios, y de ahí que sin dejar hablar apenas á nuestro Artola—presentado al *mister* por un amable periodista de la ciudad, antiguo amigo de Federico,—le espetase un larguísimo *speech*, que, reducido á modestos límites podía resumirse como sigue:

—La América Central es, en puridad, una expresión imaginaria: no hay tal América, pues corresponde perfectamente á la América del Norte cuya parte meridional constituye; mejor debería ser llamada *América ístmica*, ó como la llaman algunos, el *Istmo americano*, el cual, geográficamente, empieza en el istmo de Tehuantepec y acaba en el istmo de Panamá, si bien, políticamente contiene tan sólo las cinco consabidas repúblicas, quedando comprendidos el Yucatán, el Chiapas y Tebasco en la América del Norte y un gran trozo de la meseta de Costa Rica en la América del Sur, como posesión de Colombia. Además hay que segregar el Honduras inglés á orillas del mar de las Antillas.

Por su naturaleza y producciones parécese absolutamente la América Central al Sur de Méjico: igual división de suelo en *Tierras frías*, *Tierras templadas* y *Tierras calientes*; iguales altas planicies entre el Atlántico y el Pacífico; iguales mesetas sembradas de volcanes, y cubiertas de ruinas dejadas por antiguos pueblos, de alguno de los cuales no queda rastro ni memoria; igual vegetación espléndida, iguales borrascas tropicales. Sin embargo, en la América Central, por ser más estrecha que la parte meridional de Méjico, hállanse más cerca de ambos mares que no en esta las capitales de los Estados, sus mesetas son menos elevadas y más fecundas, y el clima se acerca más que el del Anahuac al ideal de una perpétua primavera. Dicho sea, no obstante, en favor de Méjico, aquí las lluvias duran seis meses, mientras que en la América Central duran ocho, de donde una humedad atroz y la abundancia de ciénagas que obligan á echar de menos los fríos secos y duros y el suelo sólido de las tierras frías del Norte; á lo cual podríamos añadir aun otra ventaja en favor del antiguo imperio de los aztecas, y es que en este son menos frecuentes los terremotos que en la región ístmica.

Pocos países del mundo son más *ricos* que este en volcanes: como que hay 85, de los cuales «prestan servicio» cuarenta; y los hay terribles. A no ser por eso, no habría en todo el planeta más fiel trasunto de Paraíso terrenal que esta región bellísima.

Aquí empieza una gran cordillera y acaba otra: empieza en el istmo de Panamá, en el cual el suelo sólo se eleva á 90 metros sobre el nivel del mar, la gran cordillera de los Andes; acaban en el istmo de Telmantepec, á 200 metros sobre el nivel de los Océanos, las Montañas Pedregosas de la América del Norte.

Considerando la América Central como formada únicamente por las cinco repúblicas, ocupa una extensión de 445,000 kilómetros cuadrados, con unos tres millones de habitantes; la mayor densidad de población se halla en el Salvador, que contiene 30 individuos por kilómetro, proporción que hace de esta república la más poblada de las dos Américas; siguen Guatemala, con 10 habitantes por kilómetro cuadrado; Costa Rica, con 4; Honduras, con 3; y Nicaragua, con 2.

La extensión de las cinco repúblicas ofrece gran diversidad: así, el Salvador, que es la más pequeña, es siete veces menor que Nicaragua, la mayor de todas.

La población se compone de blancos, indios y ladinos; los primeros dominan únicamente, sin otro elemento, en Costa Rica; indios bravos y ladinos tienen igual estracción, pero se distinguen por la lengua, ya que los *ladinos*—corrupción de latinos—hablan la lengua de Cervantes, mientras que los bravos hacen uso de idiomas derivados del quichúa, del maya ó del nahuatl, por más que dichas lenguas van desapareciendo gradualmente, arrolladas por el castellano. Por supuesto que no faltan tampoco millares de mestizos, como sucede do quiera han dominado los españoles ó los portugueses, y no sucede donde dominan los ingleses ó norte-americanos.

(Hemos de hacer presente que Mr. Odd desarrollaba latísimamente lo que en breve extracto venimos apuntando, y que en especial, se extendió en largas consideraciones sobre los idiomas indígenas, de lo cual nos dispensará el lector que le hagamos gracia.)

Hizo observar luego el preopinante á nuestro Artola la diferente configuración de la costa centro-americana del Océano y la del Pacífico: recortadísima la primera, bañada por el mar de las Antillas, con sus grandes golfos de Honduras y de los Mosquitos; sin más accidentes notables la segunda que el golfo de Tehuantepec y las bahías de Fonseca ó Conchagua, del Papagayo y de Nicoya.

Pasó luego á la cuestión de las montañas. El territorio de la América Central es roquizo; su centro está ocupado por una cordillera que se inclina resueltamente hacia la cuenca del Atlántico, y está formada por una prolongación de los Andes, destinada á unirlos con las sierras de la América del Norte. Esta cordillera, que corre á corta distancia de la costa occidental, ofrece algunas sumidades que se elevan á 3,000 metros sobre el nivel del mar y presenta una larga serie de volcanes, de manera que con plena razón pudo asegurar el inmortal Humboldt que en ninguna otra parte del globo existe tan constante comunicación entre la atmósfera y las entrañas de la tierra.

En la meseta central de la cordillera ístmica se hallan, hacia el Oeste, los dos grandes lagos de Managua y de Nicaragua, que, por medio del río San Juan, envían sus aguas al mar de las Antillas.

La estrechez del istmo que, en algunas partes sólo mide 44 kilómetros de anchura, explica la carencia de grandes ríos. Por la mayor proximidad de la vertiente occidental que no la oriental al mar, son menos caudalosos los ríos de la cuenca del Pacífico que los de la

cuenca del Atlántico. Pertenecen á la primera el *Lempa* ó *Sacatecoluca* que nace en el Salvador; el *Sirano* y el *Choluteca* que desaguan en la bahía de Conchagua, el *Guacalat*, cuya desembocadura forma el puertecito de Istapa; todos ellos poco considerables. Más caudalosos son los que vierten sus aguas en el mar de las Antillas, como el *Sumasinta*, que nace en Guatemala y se sepulta en el río Términos, de Méjico; el *Cazabon*, que desagua en el centro de la bahía de Honduras con el nombre de *río Dulce:* el *Granada* ó *Motagua*, que es el que ofrece la línea navegable más larga entre todos los ríos centro-americanos; el *Segovia*, *Coco* ó *Cabo Mayor*, que desagua junto al cabo de Gracias á Dios; el *Lama*, *Río Escondido ó Blewfield*, el más caudaloso de todos, y el *San Juan*, exutorio del lago de Nicaragua y famoso por sus cascadas, por más que estas sean un grave obstáculo para el proyecto del canal interoceánico que acaricia una compañía norte-americana, rival de la de Panamá.

Todos estos ríos, más ó menos caudalosos en la época de la seca, se convierten en impetuosos torrentes durante los ocho meses lluviosos, ó sea desde junio á octubre y desde febrero á abril. Con las lluvias, el clima, ya muy caluroso de por sí, adquiere una humedad que le hace malsano, pero esto sólo reza con las llanuras bajas que se extienden por el litoral antillano, «pues entre las montañas y en las mesetas se goza constantemente de una temperatura más ó menos suave, siendo á veces tan baja en la región montuosa que las llanuras elevadas aparecen llenas de escarchas por espacio de horas enteras.»

Gracias á la variedad de sus climas y de su temperatura,—pues no hay que olvidar que cada 200 metros de altitud en el territorio de un país representan 1° de latitud hacia el Norte—son tan ricas como variadas la flora y la fauna de la América Central. Compónese prin-

cipalmente la primera de árboles de exquisitas frutas, la vid, el añil, de superior calidad; la cochinilla, la caña

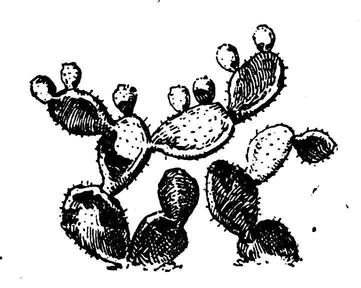


Fruto del Cacao.

de azúcar, lino, cáñamo, algodón, tabaco, zarzaparrilla, maderas de ebanistería, cacao, vainilla, maíz, piteras,

plantas tintóreas, chumberas, boniatos, café, pinares que suministran abundancia de breas, especias, etc.

De la fauna no quiso hablar por de pronto el Dr. Odd, diciendo que, por ocuparse precisamente en su estudio, en Nicaragua, lo dejaría para otra lata conferencia, contentándose por entonces con citar las grandes culebras



Chumbera.—(Nopal.)

en que abunda el país, los tapires, los manatíes, los enormes cangrejos, los corzos, los cocodrilos, los aguties y los armadillos.

En cuanto á minerales, no había más que pedir: oro, plata, hierro, cobre, zinc, níquel, antimonio, plomo, azufre, petróleo...

Al llegar á este punto cesó la plática de Mr. Odd, y en honor á la verdad, no pareció disgustarse mucho Federico Artola, á pesar de su entusiasmo por la ciencia, de que hubiese dado término á sus explicaciones su bien informado interlocutor.



III

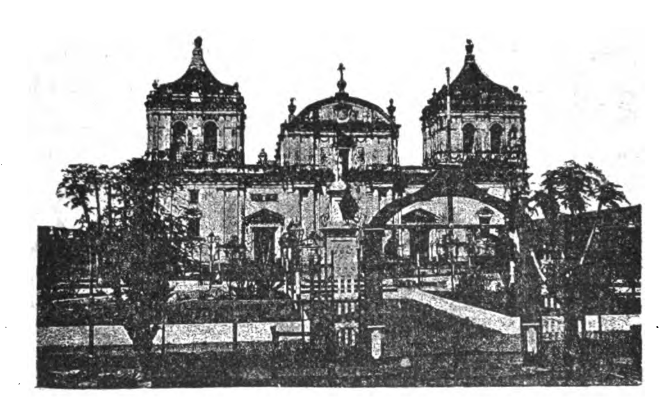
León de Nicaragua.—Geografía física y política de la república nicaragüense.—Producciones.

No hacía mucho que había amanecido cuando abandonando Federico Artola el perezoso lecho, se lanzó á la calle, deseoso de ver la ciudad en que se hallaba albergado.

Es León de Nicaragua, ciertamente una magnífica urbe, de anchas y aseadas calles, con bonitas casas. Puéblanla 25,000 habitantes, número que no alcanzan las demás. Es su principal monumento la Catedral, una de las mejores de América, comenzada en 1746 y terminada en 1774; dicen que los planos fueron debidos á un viajero inglés y que la obra costó cinco millones de pesos. Sus dimensiones son vastas; las paredes están formadas de cal y canto y ofrecen un espesor que desafía la destructora acción de los años. Artola pudo ver en la sacristía una colección de retratos de los obispos de Nicaragua, y contemplar, desde una de las torres, uno de los más espléndidos panoramas que jamás le hubiese sido dado admirar.

Desde allí pasó á la Universidad de Occidente, donde oyó con embeleso una lección del sabio profesor R. Con-

treras sobre Filosofía Natural y al Dr. Pallais disertar sobre medicina. Muy satisfecho hubo de quedar Artola del movimiento científico y literario de la antigua capital nicaragüana, pero deseoso de verlo todo, enderezó luego sus pasos al mercado, animadísimo y de mucha cuenta, y se fijó en el gran movimiento comercial que en la ciudad se advertía. Había leído, no recordaba donde, que los habitantes de León eran «opulentos, negli-



Catedral de León.—Nicaragua.

gentes y muelles,» pero protestó en su fuero interno de tal calificación ante lo que había visto y oido; León era un verdadero foco intelectual; sólo en una ciudad muy culta podían publicarse revistas tan excelentes como *La Patria* y diarios tan importantes como *El Siglo XX*.

Digamos ahora, para confusión de nuestro héroe, que no sin correrle escalofríos por la espalda regresó á la fonda temiéndose una nueva disertación de su sapientísimo amigo y colega, de quien podía decirse, como del mónstruo: *quærens quem devorte*...

Las aprensiones de Artola no resultaron ¡oh dolor! fallidas. Mr. Odd le esperaba ya, con impaciencia, para

devorarle. Hízole almorzar deprisa, y despachados los postres, exclamó á boca de jarro:

—No estará de más, amigo Artola, que, supuesto que se propone V. establecerse en este país, le proporcione algunos datos sobre Nicaragua, la mayor de las cinco repúblicas centro-americanas, puesto que tiene una extensión de 134,000 kilómetros cuadrados, y no 123,950 como dicen otros, con 300,000 almas, y no 282,000 como he visto en alguna parte.

Artola estuvo por decir:—«Pero, hombre ¿los ha medido y los ha contado V.?» pero no pudo decirlo; tanta era la impetuosidad oratoria de su interlocutor!

—Confinamos al Norte con el Salvador y Honduras, al S. con Costa Rica, al Este con el mar de las Antillas, al O. con el Grande Océano. La configuración del territorio es triangular; es la parte más baja y más tropical del grande *Istmo americano*. Ríos: al N. el Segovia ó Coco, que acarrea por término medio 500 metros cúbicos de agua por segundo; en el centro, varios, poco importantes; al S. el San Juan, desaguadero del lago de Nicaragua, de igual caudal que el Segovia, por término medio. Todos van á rendir tributo al mar de las Antillas.

Pero lo verdaderamente notable de Nicaragua son sus dos grandes lagos, que ocupan casi la décima parte de su superficie. El lago de Nicaragua tiene una superficie de 8280 kilómetros cuadrados y se halla á 40 metros sobre el nivel del mar; la profundidad máxima es de 80 metros, que no es mucho. Cuando V. lo vea me sabrá decir si ha visto jamás ondas tan resplandecientes como las suyas; no le ocultaré, sin embargo, que con frecuencia se experimentan en él violentísimas marejadas y que las olas del Nicaragua pueden competir en ocasiones con las más encrespadas del Océano; tres magníficos conos volcánicos, en reposo actualmente, emergen de la profundidad del lago: el Zapateco, el Madera

y el Omotepe; este, en medio del lago, no eleva su cima á menos de 1936 metros de altura, pero lo más notable son las dilatadas necrópolis que contiene, lo cual me ha hecho creer que alli iban á enterrar sus muertos los habitantes de las ciudades ribereñas. No deje V. de visitar esa isla funeraria, Sr. Artola; y cuando lo haga, repare V. que los sepulcros no están rodeados por un círculo de piedra, como los *Kalpulos* de los indios de hoy sino que están alineados con perfecta regularidad en la llanura, á un metro de profundidad. Las urnas mortuorias consisten en grandes tinajas de barro cocido, con figuras pintadas y toscos caracteres; también encontrará V. por allí ídolos pequeñitos y diversos adornos de oro, aunque bajo. Y á propósito del lago de Nicaragua: es posible que si va V. á Granada se embarque á bordo del *93*. Sepa V. que ese barco fué conducido allí por tierra desde el lago de Managua, de igual manera que expedimos otro barco, también por tierra, desde el lago que acabo de decir á Corinto. De algo han de habernos servido los ejemplos de Vasco Núñez de Balboa.

El otro lago, este que se extiende ante su vista, cubre una superficie de 1450 kilómetros cuadrados y se halla de 47 á 48 metros sobre el nivel del mar. Vea V. desde aquí el magnífico Momotombo, nombre de un antiguo dios, que se le da también ahora al importante puerto situado á sus pies. Esos lagos, que comunican con el Atlántico por el magnífico río San Juan están separados del Pacífico por un muro de contención sumamente débil. Es de desear que consiguiendo apaciguar al San Juan, que da unos saltos terribles, se establezca por él y los dos lagos la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico, malograda en Panamá, á pesar de constarme lo mucho que trabajó V. para conseguirlo, amigo Artola.

Y vengamos ya á los volcanes. Tenemos veinte, entre

muertos y vivos. El más terrible es el Cosiguina, que domina la bahía de Fonseca, y experimentó en 1835 una erupción formidable; altitud, 869 metros; el más elevado, el Talica; 2183 metros. El de Masaya á diez leguas de aquí, tiene un crater que mide media legua de circunferencia y 250 brazas de profundidad, y aunque no arroja nunca lava ni cenizas echa á veces llamas, que producen una claridad como de oro derretido.

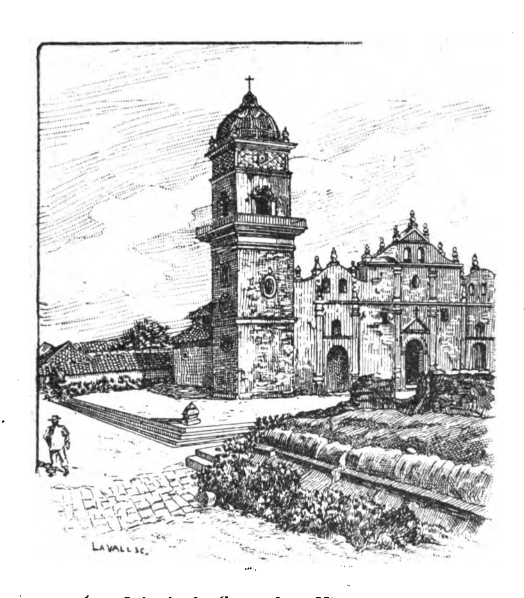
Población: ladinos, que forman los tres quintos de la población; indios puros, la cuarta parte, negros y mulatos, la decimaséptima; blancos puros, en su mayoría de origen gallego, la vigésima quinta. En el interior campan algunas tribus de ascedencia azteca, que hablan la misma lengua de sus abuelos, entre ellos los Mosquitos, jamás sumisos. Sin embargo, puede asegurarse que de cada vez más se va extendiendo el castellano puro y sin mezcla. Aquí se estudia mucho su lengua de V., y le recomiendo, para cuando tenga algún vagar, los trabajos filológicos de Mariano Barreto, Estanislao Navía, R. Contreras, los históricos de D. Tomás Ayón, las poesías de Santiago Arguello y los artículos y versos de tantos y tantos otros distinguidos escritores nicaragüénses.

La gente blanca vive siempre en las altas mesetas; los negros se acomodan mejor en el litoral. Dicen que los nicaragüenses son más indolentes que los demás centroamericanos, pero no lo crea V.; no falta aquí mucha actividad y cuando es menester; creo que si permanece usted en León algunos días se convencerá de que es un centro comercial tan laborioso como el que más.

El país contiene minas de oro,—que son esas de Chontales, de que me ha hablado V., pero la principal riqueza consiste en su algodón, miel, cera, anís, cochinilla, cacao, sal, pesca, trementina, pieles, añil, azúcar, ámbar, petróleo, bálsamos, drogas medicinales, palmas y pastos; nuestros caballos y mulos son magníficos, gra-

cias á las vastas praderas en que pueden pacer la mejor hierba.

Nuestras ciudades son: *Managua*, la actual capital, á orillas de este lago, con 16,700 habitantes; *Granada*, centro comercial, en una región volcánica, á 158 kilómetros al Sur de León, también á orillas de esta ribera, con 11,000 almas; *Nicaragua*, sede episcopal á orillas del



Iglesia de Granada.—Nicaragua.

lago de su nombre y á corta distancia de la bahía del Papagayo; *San Sebastian*, á orillas del lago de Nicaragua; *San Juan del Sur*, *Corinto*, en el Pacífico, *Masaya*, rodeada de volcanes; *Nueva Segovia* ó *Somoto*, en el Norte. Son importantes villas Chinandega, y Matagalpa, Ocotal, Rivas, Jinotega, Jinotepe, Diriamba, Juigalpa.

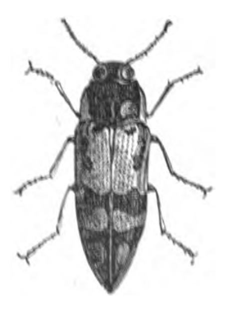
La forma de gobierno es republicana; el territorio está dividido en cinco departamentos, subdivididos en 16 dis-

tritos: Septentrional, Oriental, Occidental, Meridional y Nueva Segovia.

Mr. Odd, comprendiendo que su oyente se iba á dormir, levantó la sesión, pero con el firme propósito de volver á la carga al siguiente día.

Tanto fué el temor que se apoderó de Artola al imaginar que Mr. Odd podía volver á tomarle por su cuenta que decidió liar los bártulos en cuanto amaneciera, pero por mucho que madrugó se le había anticipado el otro que, al parecer, le esperaba con impaciencia, según la precipitación con que se paseaba á grandes pasos por el corredor, deteniéndose á cada vuelta ante la puerta del cuarto de nuestro ingeniero, para mirar por el ojo de la llave.

Por fin se dejó ver la víctima, y antes de que pudiese abrir la boca para decirle:—«Amigo, que me voy; ¿se le ofrece á V. algo?»—ya Mr. Odd había planteado la cuestión de la historia natural de Nicaragua. ¡Qué de elocuentes, interesantes, aunque interminables párrafos dedicó á las *hormigas militares*, cazadoras carnívo-

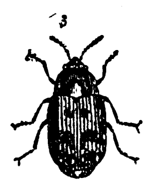


Bupreste.

ras, siempre en movimiento, formadas en columnas cerradas que miden á veces 250 metros de longitud! ¡qué de profundas observaciones sobre la coloración protectora

de ciertos coleópteros y otros insectos! ¡que de luminosas consideraciones sobre el perro pelado de la América tropical, sobre los moluscos de agua dulce, sobre las relaciones faunísticas del antiguo y el nuevo mundo con las islas del Atlántico y del Pacífico! ¡qué de ingeniosas investigaciones sobre los colores de los pájaros, sobre los hábitos de ciertos animales y sobre la costumbre de incubar los recien nacidos, como si se tratara de una clueca, aun en vigor entre ciertos indios de la América tropical!

Y de esos indios de hoy pasó el implacable *Speecher* á los indios de antaño: habló de su mitología; del formidable *Hurakan*, dios de las tempestades y del *Quiateotl*,



Gorgojo.

dios de la lluvia, ante cuyo ídolo eran inmoladas las más hermosas jóvenes para que dispensase el beneficio de su ministerio; de *Necat* ó *Chiguinan*, dios del aire; de *Mixcoalt*, la nube-serpiente, padre de los hombres y protector de la caza, etc., etc.

Sentíase medio ahogado Artola entre aquellas oleadas de desbordada erudición, pero no había indicio de que se moviese á compasión Mr. Odd. Hablóle de Nicaragua antes de su descubrimiento y conquista por los españoles: como había grandísima diferencia entre señores y vasallos en riqueza y consideración; como estaban en gran predicamento los plateros, que trabajaban con asombrosa destreza el oro molido; como en algunas islas

y ríos había indios que se aposentaban entre el ramaje de los árboles: como eran más blancos que aceitunados y se agujereaban labios, nariz y orejas, y cuidaban los hombres de los quehaceres domésticos; como hacían gran número de sacrificios humanos, y comían la carne de las víctimas haciendo grandísimos bailes y borracheras con chibcha y sahumerios; como las mujeres ejercían un poder muy grande...

Por fin, pudo soltarse Artola de las garras de aquel facundísimo personaje, y le manifestó que acto seguido iba á salir para Chontales, no atreviéndose á añadir: «Para librarme de su charla sempiterna.»

—Respeto su repentina resolución, respondió Mr. Odd; pero no quiero que se vaya sin llevarse un modesto recuerdo de este pobre naturalista...

Bien se juraba Artola que no era menester que Mr. Odd le hiciese ningún regalo para no olvidarlo en todos los días de su vida, mas, á pesar de la antipatía que le había cobrado por su charla no pudo menos de sentirse enternecido al ver que el buen inglés le hacía presente de algunos vasos y esculturas antiguas, de exquisita labor: eran ciertamente valiosísimos objetos, pero, sin saber á que atribuirlo, parecióle á Artola que tenían algo de fúnebre y siniestro, carácter que también encuentran muchos en el arte nicaragüano.





IV

Los lagos.—Chontales.—La naturaleza del país.

Cuántas incomodidades pudiera experimentar Artola en su viaje á las famosas minas podían darse por muy bien compensadas en gracia de la magnificencia del paisaje por donde atravesaba, y que llegaba hasta arrancarle exclamaciones de escándalo al pensar que en Europa se celebraban países y regiones que en nada podían compararse con aquello en peregrina hermosura.

Salió Artola de León en un vapor que le condujo hasta el extremo meridional del lago; allí desembarcó, y tomando el ferrocarril hallóse al poco tiempo á orillas del lago de Nicaragua, sembrado de verdes y montañosas islas, que se extiende algo al SE. del de Managua. Embarcóse de nuevo, cruzó el lago casi transversalmente, y saltó en tierra en *San Sebastián*, capital del departamento Occidental ó de Chontales.

Imponente era el panorama; tenía á un lado el lago majestuoso de Nicaragua, y enfrente al N. las montañas altivas de Bulbul, cubiertas de bosques espesísimos. El pais era llano, y cubierto todo él por una alfombra de verdura, matizada de flores de brillantísimo color.

Después de haber tomado algún descanso en San Se-

bastían, montó Artola á caballo, y escoltado por dos guías se enderezó hacia las minas, situadas en la vertiente occidental de la cordillera, distrito de Libertad y á muy corta distancia del Atlántico. No podía reprimir Artola al ver á cada paso restos de antiguas ciudades reducidas á escombros y entre ellos no pocos ídolos de piedra, de grandes dimensiones que luego supo ser los de *Zapateco*, *Punsaloco* y *Momotombo*, volcados. Tan espesa y alta era la hierba,—helechos, yaros, piperáceas,—aparte de esto, que les costaba trabajo á los caballos avanzar por los senderos; más de una vez se detuvo también para examinar alguna de las numerosísimas tumbas que encontraba con la mayor frecuencia; una de ellas, abierta en la roca viva, medía unos 20 pies de largo por 12 de ancho, levantábase en su centro un bien labrado pilar y aun se conservaban en ella varios cuchillos y hachas de piedra, y una magnífica cabeza de jaguar de lo mismo, amén de gran número de vasos rotos.

Por mucho que apretase el calor del sol, no lograba filtrarse ni uno sólo de sus rayos á través de la espesa bóveda que formaban las ceibas, los cocoteros, los cantemones, de soberbia altura, las caobas, las guásimas y los plátanos, cuyos bosques se sucedían sin interrupción. Llamábanle la atención sobre todo las cecropias, semajantes á inmensos candelabros; los bojones, que asemejan un quitasol; las mimosas, de rosadas flores; los aros, de asaetadas hojas. Era la vegetación tropical en todo su esplendor; era el desierto, no árido y monótono como los de África, sino cubierto por la selva, en cuya intrincada espesura dejaban oir sus cantos miriadas de pájaros.

Pernoctó Artola en una cabaña de indios ladinos que le recibieron con la mayor afabilidad, y continuó su viaje al día siguiente en una *volanta*, especie de carri-

coche de dos ruedas, de durísimos asientos, cubierto con un toldo de cuero y resguardado del calor por medio de esterillas de palma en los cuatro lados; el tiro se componía de tres robustos mulos, guiados por un indio.

Por fin llegó á Libertad, centro del distrito minero. donde se encontró con una población abigarraba hasta

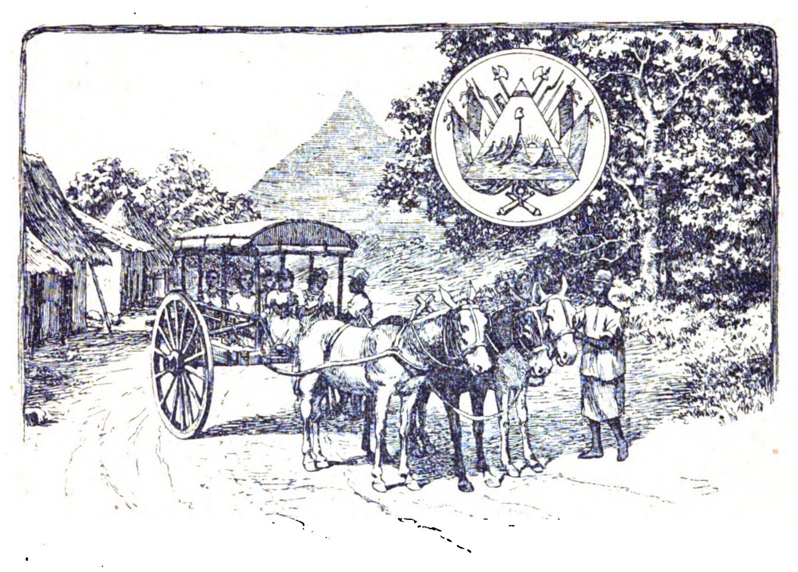


Bosque tropical.

lo sumo, predominando sin embargo los mestizos y los ingleses.

Llevaba Artola una carta de recomendación para el director de la mina *Santo Domingo*, una de las principales, y al momento fué acogido con el mayor gusto, con la asignación de un excelente sueldo y participación en los beneficios, y ya en el ejercicio de sus funciones, y en la obligación de explorar la comarca, hubo de que-

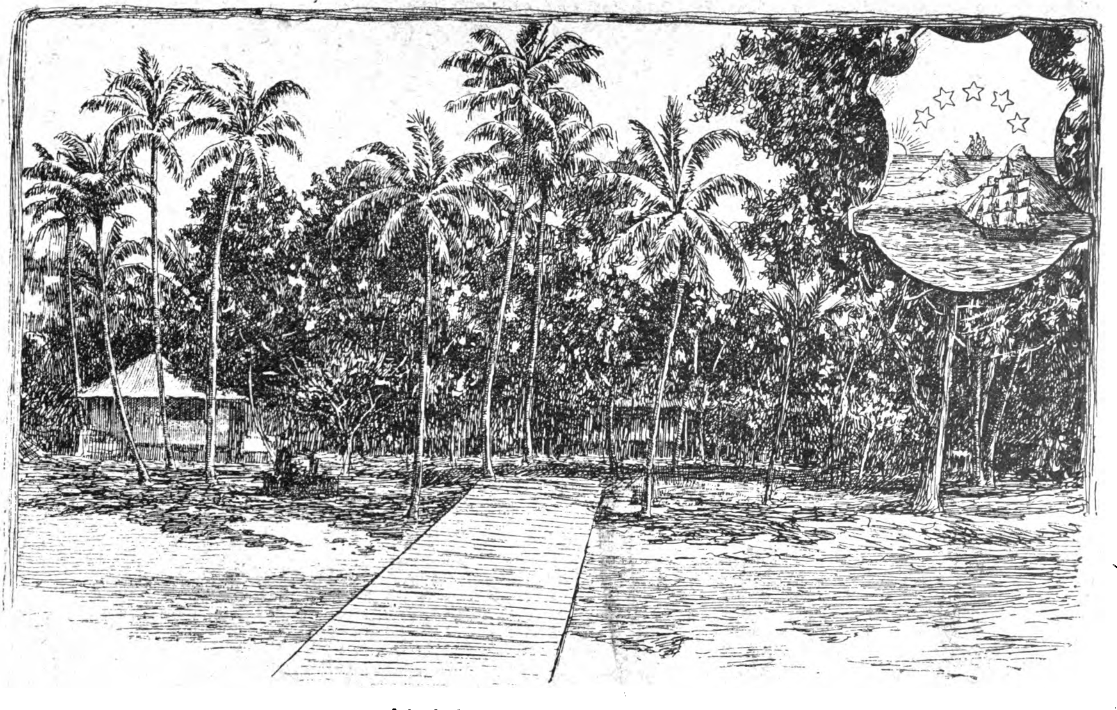
dar nuestro ingeniero asombrado del gran número de sepulcros labrados en la roca que en todas direcciones aparecían, á lo que añadiremos que pocas veces se le presentó ocasión de contemplar más hermoso panorama que el que se ofreció á su vista el día que tuvo que



Volanta.—Nicaragua.

subir á lo alto del pico de *Peña Blanca* (750 metros de altura) desde donde pudo abarcar hasta las montañas del Honduras inglés, á cuya otra parte se extendía el Atlántico, más cercano de lo que pudiera creerse á no saberlo.





Isla de la cuarentena.—Costa-Rica.

V

Costa Rica.—Historia.—Geografía física y política.—Producciones.—Comercio.—San José.—Riquezas y prosperidad de esta república.—Los indios.

Tres meses habían transcurrido desde la instalación de nuestro héroe en Libertad cuando, por necesidades del servicio, se vió obligado á hacer un viaje á Costa Rica y Honduras, novedad que no dejó de agradarle, pues, para confusión suya sea dicho, empezaba ya á sentir cierto cansancio de aquella vida solitaria y de explotar filones auríferos ó argentíferos.

No dejaba de ofrecer algunas dificultades el viaje. Llovía, si Dios tenía que, y el trayecto entre Libertad y San Ubaldo, límite de la navegación fluvial por el San Juan, estaba convertido en una ciénaga de peligrosísimo y malsano tránsito. Gracias á su robustez pudo sin embargo Artola salir en bien de aquella arriesgada travesía, y consiguió llegar sano y salvo á orillas del ancho y caudaloso río que lleva al Atlántico el sobrante de sus aguas. Hallábanse fondeados en el puertecito de San Ubaldo, más abajo de los últimos rápidos del San Juan, varios vapores norteamericanos, y precisamente uno de ellos tenía ya encendidas las calderas para salir con rumbo á

Limón. No hay que decir que Artola aprovechó la oportunidad y que al poco tiempo se hallaba á bordo del *Fenimore Cooper* que hendía rápido las olas del San Juan, saliendo al cabo de dos horas al mar libre,—el mar de los Caribes.

Llegado el vapor á Limón, despidióse Artola de algunos costaricenses que había tenido por compañeros de viaje y con quienes había simpatizado en extremo por su exquisita finura y aire de formalidad, y tomó el tren que debía conducirle á San José, la capital, distante de Limón 122 kilómetros.

La primera parte del viaje fué dura, por el calor, pero ya en las alturas sintióse á sus anchas Federico Artola, respirando el aire puro de aquellas campos cubiertos de cafetales y cañaverales, entre cuyo verdor se divisaban risueñas casitas. No había otro pasajero que él en el departamento que ocupaba, por lo cual, y á falta de interlocutores optó por hablar consigo mismo, para lo cual tenía una muy especial disposición. Recordó, pues, que *Costa Rica* había tenido el honor de ser reconocida por Colón en 1502, y que en 1514 exploró la costa occidental el licenciado Espinosa; hízose con la mayor rapidez la conquista, por obra de Álvaro de Acuña, y en 1520 existía ya en las mesetas de San José y de Cartago una importante colonia, constituída por gallegos y fundada por Acuña y Juan Solano. Dícese que los costaricenses de hoy conservan perfectamente el tipo originario y á juzgar por lo poco que había visto hasta entonces, debía ser así, en efecto. Mucho se resistieron los indios bravos,—Talamancas y Guazuzos,—á abandonar sus comarcas, pero al cabo hubieron de ceder, retirándose al territorio llamado hoy de Talamanca, en el Sur, entre la cordillera y el Atlántico, (7500 kilómetros cuadrados,) donde van extinguiéndose con suma rapidez.

Incluida Costa Rica en la capitanía general de Gua-

temala, continuó formando parte de Méjico al recobrar este país su emancipación en 1821; formó parte luego de la confederación centro-americana y en 1839 hizo como las demás repúblicas unidas, declarándose independiente. No hay porque decir que no se libró Costa Rica de las contiendas civiles, peleando con encarnizamiento *cartagineses* y *josefinos;* eran los primeros, llamados también *serviles*, partidarios del emperador mejicano Agustín Itúrbide y los otros, *federalistas*, defensores de la libertad. Ganaron estos, y Cartago, fortaleza del partido retrógado, perdió la capitalidad en beneficio de su rival, San José. Bastantes revoluciones han ocurrido desde su independencia acá, pero pocas veces ha habido que deplorar derramamiento de sangre.

El nombre de *Costa Rica* viene de haber visto nuestros conquistadores que aquellos indios llevaban todos joyas de oro.

La configuración de esta república,—la más meridional de las cinco centro-americanas,—es la de un largo paralelógramo inclinado de NO. á SE. Su extensión 51,760 kilómetros cuadrados, pero si se cuenta la porción disputada por Nicaragua es de 68,200; población, 240,000 habitantes, y no podrá aumentar mucho, pues sólo es habitable la meseta, no muy extensa, ya que en los valles y llanuras de las tierras bajas se hace insoportable el calor, como no puede menos de ser, bajo los 10° de latitud. De ahí que á pesar de la exiguidad del territorio, la densidad de población sea sólo de diez habitantes por kilómetro cuadrado.

Confina Costa Rica al Norte con Nicaragua, no estando aun bien determinados los límites; al E. con el Estado Colombiano de Panamá, y le bañan al Este el Atlántico y al O. el Pacífico.

Atraviesa el país desde su extremo meridional hasta San José la *Cordillera de Talamanca*, cubierta de impe-

netrables selvas y cuyas cimas se elevan en algunas partes á más de 2000 metros, descendiendo hasta los dos Océanos por medio de terrazas y desprendiéndose de sus flancos numerosos eslabones laterales. El pico más alto es el *Pico Blanco* (3578 metros) donde se ven á veces copos de nieve y desde el cual se divisan los dos mares; síguenle, por orden de elevación, el *Ujum* (2.620 m.); la *Montaña Dota* (2.400 m.); el *Pico Roblado* (2.110 m.). Al NO. del Pico Blanco y del Pico de Ujum se elevan dos volcanes de más de 2.000 metros de altitud, y hàcia el O., cerca del Pacífico se levanta el de *Herradura* (1.409), cuya doble cúspide recuerda la del Vesubio, y brama siempre, aunque no se recuerda haya hecho jamás erupción.

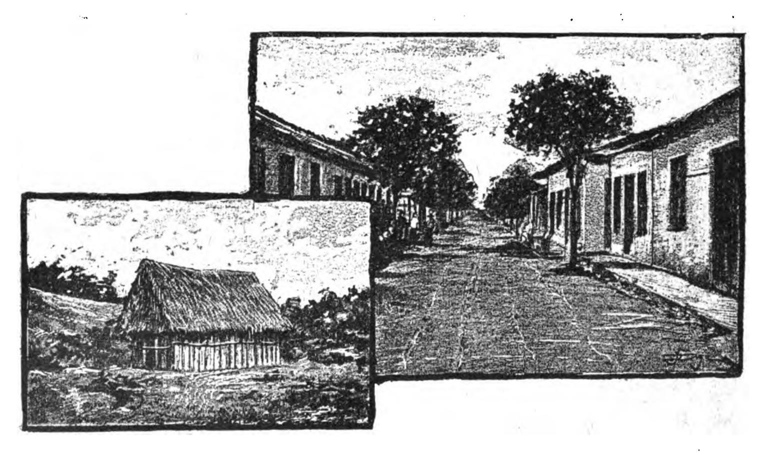
Desde San José,—en el centro del país,—al Norte, la cordillera cambia de dirección y corre hacia el ONO. paralelamente á la cadena volcánica de Nicaragua. En esta cordillera humean de continuo formidables volcanes, tales como el de *Turrialba* (3.812 m.), cuyas faldas están cubiertas de selvas vírgenes, en las cuales deja oir su delicioso canto el *cilquero*, el más armonioso de todos los pájaros. Hállase el Turrialba en el extremo oriental de la cordillera dicha, y á su Oeste lanza espesas humaredas el *Irazú* ó *volcán de Cartago* (3.507 m.), que más de una vez ha destruído la antigua capital costaricense, situada á sus piés. Para no insistir en esta *candente* cuestión, sépase que hay en Costa Rica veinticinco volcanes, cuatro de ellos en actividad.

La meseta que se halla comprendida entre la cordillera de Talamanca y la cordillera de los volcanes elévase de 1.250 á 1.600 sobre el nivel del mar, y es con los altos valles el verdadero asiento de la población; de un simple golpe de vista podrían contemplarse las cuatro principales ciudades de Costa Rica y sus cuarenta leguas cuadradas de cultivo. San José, Alajuela y Heredia se

ven á la vez, y lo mismo sucedería con Cartago sino estuviese emplazada en el fondo de un valle. Fuera de este horizonte sólo pueden citarse como poblaciones importantes Guanacaste, Esparza, Punta Arenas y Limón. El punto más elevado, habitado en Costa Rica, es San Juan, en el flanco del Irazú, á 2.700 m. de altitud.



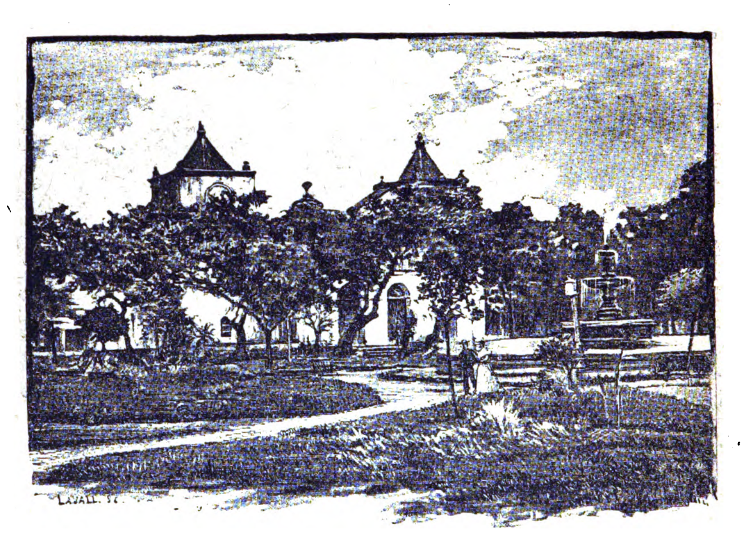
Calle del cementerio en Alajuela.



Habitación de campesinos.
Costa-Rica.

No podía menos de creerse Artola transportado á un país mágico ante los curiosos incidentes que señalaban su viaje. Todo respiraba la holgura y el bienestar; la gente era blanca, sin excepción, sin verse indio ni mestizo para remedio; las montañas, prodigiosamente altas, parecíanle infinitamente más bellas que las tan ponderadas de Suiza ó de Italia. Los campos estaban sembrados de trigo, de cebada, de maíz y de todas las hortalizas de Europa, y en las praderas pacían toda clase de ganados idénticos á los de Europa: caballos, mulos, asnos, bueyes, carneros, cerdos. Nada más hermoso, por

otra parte, que las selvas, en las que la vegetación tropical mostraba sus más espléndidos tesoros en árboles, hierbas, flores, arbustos y plantas, en diversidad innumerable. Es, en efecto, rica como pocas, la flora de aquel país, de la cual apenas si son conocidas 2.000 especies; sábese que son en grandísima cantidad las plantas medicinales, pero no conocen aun las virtudes de la



Parque de Heredia.—Costa Rica.

mayoría de ellas más que los indios. Crecen por doquier, silvestres, la caña de azúcar, el cacao, el caucho; abundan hasta lo sumo las maderas de construcción, pero todo se desatiende para dedicarse casi exclusivamente al cultivo del café.

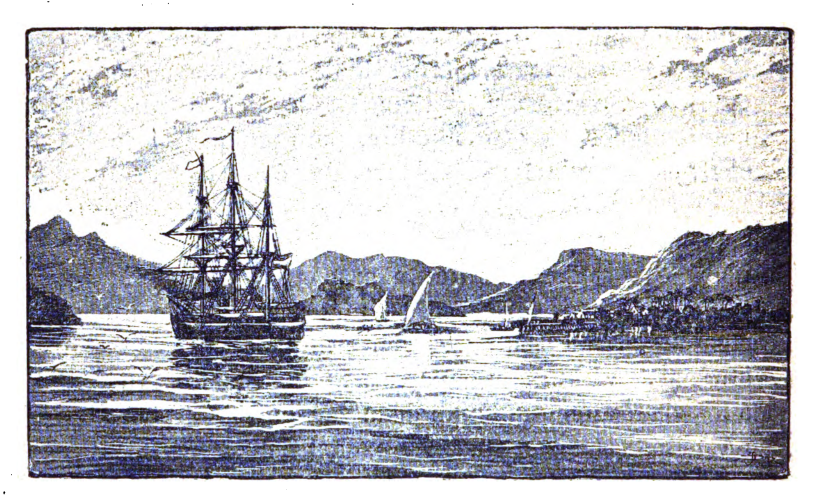
Aquella prosperidad de que no acababa de darse cuenta Federico Artola tenía, sin embargo, fácil explicación: los costaricenses, como sus abuelos los gallegos, son grandes amigos de la subdivisión de la propiedad, y así, todos son propietarios, y por corto que sea el lote,

rinde extraordinariamente, por la fertilidad del suelo. No hay allí quien deje de tener su hacienda, esmeradamente cultivada. Este sistema de propiedad, que convierte á cada ciudadano en propietario, ha hecho que los costaricenses *hiciesen* poca política, harto ocupados en la explotación de su caro patrimonio.

Volviendo ahora á las meditaciones y remembranzas de nuestro viajero, diremos que después de haber *repasado* Federico Artola las montañas de Costa Rica evocó el recuerdo de sus ríos; pocos tiene Costa Rica, verdaderamente dignos de este nombre, pero muehos sí se les considera como impetuosos torrentes ó crecidos arroyos. Los mayores se hallan en el Sur, en el distrito casi desierto de Talamanca, y son el *Tiliri* y el *Tilorio*. El primero es navegable durante gran parte de su curso y tiene, en ciertos parajes, 1.600 m. de anchura; pero pocos son los barcos que se aventuran por él, ya que por allí «no se va á ninguna parte.» Siguen en importancia á los dichos los que bajan de la vertiente N. de la cadena de los volcanes, el *río Frio*, el *San Carlos*, el *Sarapiquí*, navegables en la parte inferior de su curso, en tiempo de las lluvias. El primero desemboca en el lago de Nicaragua y los otros dos son tributarios del San Juan.

De otra suerte ha favorecido la naturaleza á Costa Rica que con ríos, y es con numerosos y excelentes puertos: cuenta en el Atlántico con el de Limón, y en el Pacífico con los profundos golfos de *Nicoya* y *Dulce*, bordeados de abras naturales, en las cuales tendrían cabida y seguridad todas las escuadras del mundo. Hállanse en el golfo de Nicoya, que tiene 90 kilómetros de longitud por 12 de anchura y está sembrado de islas, ricas en antigüedades indias, los puertos excelentes de Puntarenas y Caldera. Un ferrocarril pone hoy en comunicación á Puntarenas con Limón, atravesando el ist-

mo de una parte á otra en un trayecto de 198 kilómetros y pasando por Matina, Alajuela, Heredia, San José y Cartago. Hay además una carretera excelente que reune también los dos grande puertos. En cuanto al Golfo Dulce, más admirable aun que el de Nicoya, está abandonado por lo desierto de su litoral.



Puntarenas.—Costa Rica.

Llegó Federico Artola á San José poco antes del anochecer y quedó desde luego prendado de la magnificencia de la ciudad, pero asombrándose principalmente al no ver sino blancos, con todos los rasgos fisionómicos de los hijos de Galicia. Las calles, rectas y tiradas á cordel, aparecían aseadísimas, regadas por fuentes y canales; los palacios oficiales eran un modelo de buen gusto, así como los Bancos; el caserío, compuesto de edificios de planta baja, limpio y alegre.

Hospedóse Artola en el Gran Hotel, sito en la magnífica *Avenida* Central, frente al Palacio Nacional, donde se reune el Congreso, y con priesa para *vestirse*, dirigió-

se á una cercana y lujosa peluquería llamada de los *Tres Amigos*, donde, no sin sorpresa se encontró con una reunión de elegantísimas personas, que sin duda debían tener por costumbre reunirse en aquel establecimiento, como en otras partes lo hacen en las dulcerías.

De regreso á la fonda, y convenientemente acicalado, fuese á visitar Artola á un caballero llamado D. Marco Aurelio Jiménez, propietario de unas grandes minas de carbón de piedra y rico comerciante, con quien debía tratar de la explotación de aquellos yacimientos, y no pudo menos de quedar encantado de la cortesía y distinguidos modales de aquel señor, que, llevando hasta el extremo su bondad, le rogó se quedase á comer. Así lo hizo Artola, y si satisfecho quedó del trato de la familia, subió de punto la agradable impresión que había experimentado al improvisarse en su obsequio una reunión íntima en la que lucieron sus encantos varias preciosas josefinas.

Pero lo que, más que nada, le dejó asombrado á nuestro héroe fué la admirable manera como aquellas niñas notables por la hermosura de sus ojos, la corrección de sus facciones y la distinción de sus modales, ejecutaron varias piezas de piano y cantaron los más difíciles trozos de varias óperas modernas; hubo que explicarle que los costaricenses tienen por el arte de Beethowen una singularísima vocación; que una de las instituciones más importantes de la ciudad era la Escuela Nacional de Música y que las señoritas tienen costumbre de formar estudiantinas, que son una delicia por la afinación y buen gusto con que cantan.

No podía decirse que Artola hubiese entrado con mal pie en San José de Costa Rica, y en su primitiva simpatía le confirmó lo que pudo ver, oir y tratar en los siguientes días.

-Y no tenía motivos para otra cosa: San José, á 1.288 metros de altitud, en medio de una comarca tan sana como fértil, en directa comunicación con Limón (122 kilómetros) y Puntarenas (96 kilómetros), habitada por 24.000 personas, todas ellas acomodadas, sin un sólo vago ni mendigo, culta y correcta, realizaba el ideal de



Una calle en San José.—Costa Rica.

un pueblo que cifra su gloria en el trabajo y la honradez. El clima es tan agradable, que la temperatura mínima no pasa de 11° y la máxima de 29°, pero por lo general el calor es igual siempre, unos 20°.

D. Marco Aurelio le dijo á Artola, hablando sobre el particular, que el único mal era que lloviese tanto, habiendo año que lo hace durante 200 días, especialmente en la vertiente atlántica. Confirmóle, aparte de esto, en la buena opinión que había formado de los costaricences, y se alabó de la rápida prosperidad que había adquirido el país. En efecto, antes de la independencia, era proverbial la *pobreza de Costa Rica*, tanto

que en vez de monedas se empleaban granos de cacao; hoy, en cambio, es Costa Rica la república centroamericana más opulenta, gracias al cultivo del café, que se da admirablemente en la capa de cenizas volcánicas y en la roca porfírica disgregada, y sin embargo, la preciosa rubiácea no fué introducida allí hasta 1832, por el alemán Wallerstein. Aparte de esto, exporta Costa Rica azúcar, cueros al pelo, zarzaparrilla, maderas, maiz,

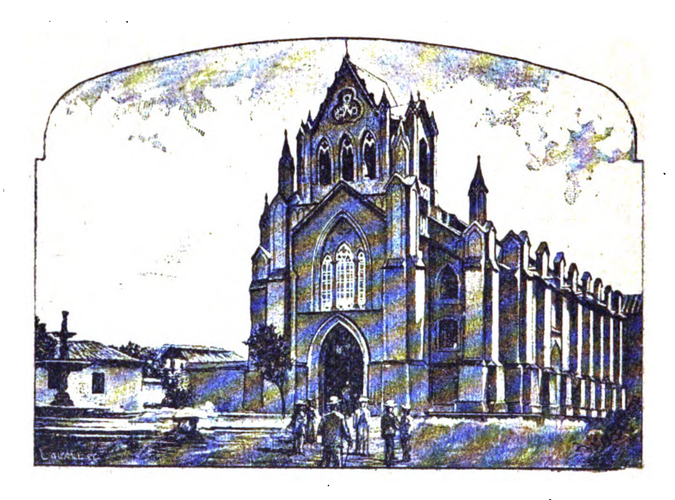


Catedral de San José.—Costa Rica.

vainilla, cacao, conchas de tortuga, y mineral de oro y plata. La importación procede en su mayor parte de Inglaterra. Puntarenas es el puerto de embarque del café, y Limón el de las demás mercaderías.

Con eso, magníficas carreteras de una ciudad á otra, toda ella de atrevido trazado y con soberbios puentes de piedra, numerosos caminos de herradura y el importantísimo ferrocarril interoceánico. El gobierno atiende cuidadosamente á la conservación de todo, así como á las líneas telegráficas y telefónicas.

Según la constitución de la República, el presidente, nunca reegible, debe ser casado y poseer un capital de 10,000 pesos, cuando menos; los ministros deben ser poseedores de 3,000 pesos, como mínimum, ó pertenecer al magisterio; la hacienda se halla en el más próspero estado; el Estado monopoliza el tabaco, el alcohol y la pólvora; los ingresos proceden de esos monopolios, de las aduanas y de la venta de bienes nacionales. El ejér-



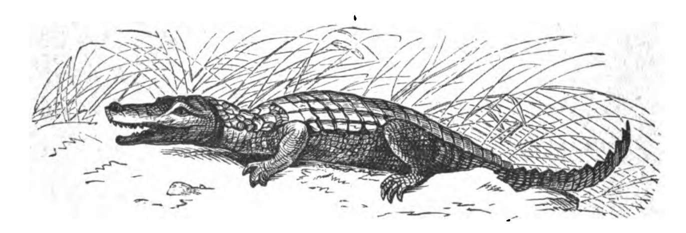
Iglesia de San Nicolás.—Cartago.—Costa Rica.

cito, perfectamente organizado, con uniformes á la francesa, consta de 1,200 hombres en tiempo de paz, pero puede elevarse hasta 30,000 en caso de guerra, incluso las milicias. No tiene Costa Rica universidad pero sí dos excelentes colegios ó institutos, y numerosas escuelas primarias. Es notabilísimo el Museo Nacional, que contiene millares de interesantísimas antigüedades índigenas.

El país está dividido en cinco departamentos: San José, Cartago, Alajuela, Heredia y Guanacaste, que toman el

nombre de sus capitales, y el distrito de Puntarenas. Los indios reconcentrados en los valles del Sur, ofrecen, al parecer, sorprendentes semejanzas con los *Siux*, tribu de los Pieles Rojas; los de la vertiente occidental son, en cambio, muy tímidos y apacibles y se dedican á la agricultura. Los *Guatusos*, al Norte de la cadena de los volcanes, son crueles; tienen el pelo rubio y los ojos azules y se supone sean mestizos, descendientes de unos filibusteros ingleses que fueron á parar allí.

Ello es que Costa Rica puede alabarse de ser uno de los Estados mejor administrados del mundo, y asi no es de extrañar que se dé por muy contenta con su suerte.



Cocodrilo.

VI

Honduras.—Geografía física y política.—Antigüedades de Copan.—Producciones.

No sin pesar se arrancó Artola á las delicias de Capua de San José de Costa Rica, con la satisfacción de haber dado feliz cima al negocio que allí le había traido, y, despidiéndose de su excelente amigo D. Marco Aurelio volvió á subir al tren, que le dejó en Limón, juntamente con un joven costaricense que, como él, se dirigía á Trujillo, en la república de Honduras.

Confina este país al N. con el mar de las Antillas, al O. con Guatemala, al S. con el Salvador y al E. con Nicaragua. Por esta última báñale también el mar de los Caribes ó de las Antillas, donde tiene el excelente puerto de Caballos, en el fondo del *Golfo Hondureño*, y sale por Occidente al Pacífico en la vasta y segura *Bahia de Fonseca*, en cuyas aguas se reflejan las llamas de sus volcanes. Una cadena de 850 metros de altura separa la bahía del Pacífico del Golfo del Atlántico.

Ocupa el territorio hondureño una superficie de 120,000 kilómetros cuadrados, en los que viven 381,000 habitantes. La meseta central es eleva á 1000 metros sobre el nivel del mar, y contiene dos volcanes; sus cimas más altas alcanzan 2000 y 2500 metros de altitud, y

de ellas descienden, al norte, los caudalosos y magníficos ríos Pateca y Ulea.

Conquistada Honduras, (llamada primeramente la *Costa de las Hibueras*,—antigua denominación de las calabazas—á causa del grande número de estas cucurbi-



Ruinas de Copán.—Honduras.

táceas que vieron flotar nuestros navegantes en las márgenes de los ríos)—por aquel mismo Gil González de Avila que conquistara á Nicaragua, hallóse con una población de bravos indios,—que no es lo mismo que indios bravos,—robustos, heróicos, sufridos, leales, los cuales por haber fácilmente adoptado el uso del castellano ascendieron á la categoría de *ladinos* y forman aun hoy el fondo de la población, aumentada con otros

indios, de la raza de los caribes y jicagues, con negros, con mulatos, y por de contado, también con blancos.

El país es rico, magnífico, pero yace sumido en deplorable letargo. La variedad de su clima responde de la diversidad de sus productos, pues según la altitud de los lugares varía la temperatura desde los 20 á los 13.° En general es muy salubre, y aparte de su espléndida vejetación, es incalculable lo que contiene en metales preciosos.



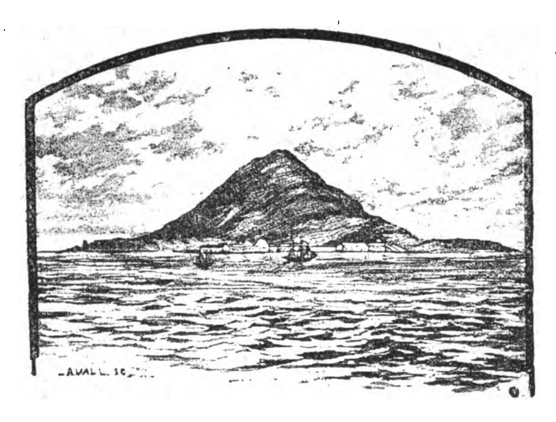
Plaza de Tegucigalpa.—Honduras.

Son hoy las principales ciudades de Honduras: Tegucigalpa que significa *Cuesta de plata*, su capital, con 12,000 habitantes, en la cuenca del Choluteca, en la vertiente del Pacífico; Comayagua, sobre el Ulea, al O. de la anterior; Choluteca; Olancho, en el interior; Trujillo (1000 habitantes,) Gracias á Dios, Omoa, Santo Tomás, puertos del golfo hondureño; Jerez, en la bahía de Fonseca ó de Conchagua (Pacífico) sembrada de verdes islas.

Son los principales productos de exportación de Hon-

duras su famosa zarzaparrilla, palos tintóreos, madera de ebanistería, cacao, gengibre, angostura y conchas.

Pronto despachó Artola lo que tenía que hacer en Trujillo, consistente en una enérgica reclamación á cierta casa, con plenos poderes del director de las minas de Santo Domingo, y ya se disponía á regresar á su distrito cuando recibió una invitación, que no podía rechazar, para que visitara unas minas de oro que acababan de descubrirse cerca de Quirigua, á orillas del Motapsa,

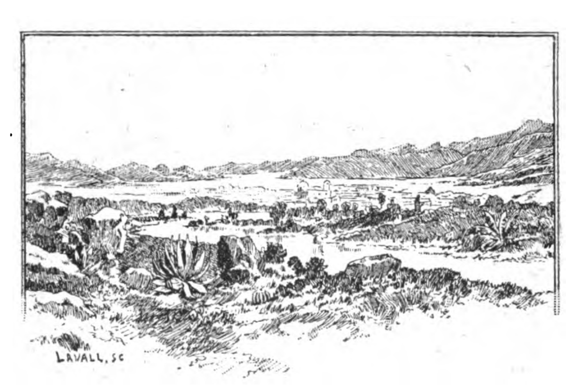


Puerto de Amapala.— Honduras.

que tiene su embocadura entre los puertos de Omoa y Santo Tomás. No tenía, pues, que internarse mucho, y accedió de buen grado.

El viaje fué agradabilísimo; en breve dejaron los viajeros el llano para emprender la ascensión de la montaña, por entre la selva virgen; el resultado de la visita fué convencerse Artola de que se había dado con un magnífico filon aurífero, pero lo que sobre todo le satisfizo fué haber tenido ocasión de admirar las *ruinas de Copan,* allí cercanas. Por poco fuerte que estuviese en arqueología precolombiana reconoció al punto Artola una

gran semejanza entre aquellas ruinas y las famosas de Palenque, en el Yucatán; habiéndole llamado mucho la atención el *altar de los sacrificios*, situado en el fondo de un espacioso circo erigido en lo alto de un montículo y al cual se bajaba por unos peldaños muy estrechos. Consistía el altar en una enorme piedra redondeada, cubierta de carátulas, calaveras y figuras ora espantables ora gro-



Llano de Comayagua.—Honduras.

tescas. Aparte de esto eran en gran número los ídolos y columnas prolijamente labrados que yacían por aquellos contornos. Artola dedujo que, si explorase bien á Honduras habían de encontrarse muchos restos de antiguas ciudades, como las de Copan y Olancho, pues es indudable que debía haberlas en considerable número dada la fertilidad y agradable clima del país.

—Digna de mejor suerte es esta república, dijo el costaricense al regresar á Trujillo. Los ingleses la han mutilado quitándole al Este la vasta zona litoral llamada el País de los Mosquitos y al Norte la llamada *Colonia de Belize*.



VII

Guatemala.—Geografía física y política.—Izabal.—Coban.—Nueva Guatemala.—La Antigua.—Otras ciudades.—Porvenir de esta república.—Producciones.

Apenas faltaba una hora para que Artola se embarcara en el vapor que debía dejarle en San Ubaldo,—aquel puerto de San Juan en Nicaragua, donde termina la navegación de dicho río,—cuando recibió un telegrama de La Libertad ordenándole se trasladase sin pérdida de tiempo á Guatemala, donde recibiría instrucciones por el correo. Ya picaba en historia tanto zarandeo, pero afortunadamente el tiempo era á la sazón (primera quincena de diciembre) propicio á las expediciones, por comenzar la época de la seca.

Para hacer su entrada en el ilustre país que conquistara D. Pedro de Alvarado, eligió Artola el puertecito de Izabal, único que tiene Guatemala en el mar de las Antillas, desde donde tenía que emprender una larga ascensión, ya que Guatemala, como las capitales de Costa Rica y Honduras, se halla emplazada en lo alto de una meseta, la más elevada y extensa de todo Centro América. La forma del territorio guatemalteco viene á

ser la de un pentágono, cuyo ángulo más saliente se proyecta en el golfo de Honduras.

Discrepan los autores en cuanto á la etimología del nombre de esta region: para unos deriva de *Uhatezmalha*, «Monte que vomita agua»; para otros, de *Cualistemallan* «País arbolado». Poco importa cual sea, pues ambos le convienen.

Cubre esta república una superficie de 120.000 kilómetros cuadrados, y cuenta cerca de millón y medio de habitantes. Confina al N. y NO. con los estados mejicanos de Yucatán y Chiapas, al E. con el Salvador y Honduras y al S. con el Pacífico.



El Peten.—Guatemala.

Forma el país una gran meseta que si bien se eleva solamente 500 metros sobre el nivel del mar por el S. E. en los límites con el Salvador, va subiendo á medida que nos remontamos al Norte, hasta variar entre 1300 y 1950 m., y aun los Altos de Quezaltenango, cubiertos á veces de nieve, se levantan á 2500 m. siendo, por de contado, una tierra fría y pobre.

A lo largo del litoral del Pacífico hállanse varios volcanes, entre los cuales son notabilísimos el del *Fuego*, el de *Agua* y el *Acatenango*, cuyos cráteres se hallan quizás á 4.000 m. de elevación sobre el nivel del mar; hay además 21 eminencias volcánicas ó *mastratones* de menor importancia que en su mayoría arrojan llamas.

Los ríos de la parte occidental, central y septentrional afluyen en el Grijalva, río del Estado mejicano de Chiapas, y sobre todo al pintoresco y tortuoso Utsumacinta, que va á desaguar en el golfo de Campeche (Yucatán.) Es el Utsumacinta uno de los ríos más llenos de accidentes, y aun diríamos, de misterios, que puede imaginarse. Desde su origen hasta que, engrosado con multitud de tributarios, se despeña formando terribles *raudales* ó rápidos, es peligrosisimo de vadear, pero desde dicha cascada al mar, y cuando ya no es guatemalteco sino yucateco, se hace navegable. Al N. de la república, cerca de la frontera mejicana y á 1.500 metros de altitud, yace el *Lago de las Flores* ó de Peten, cuya profundidad, según dicen, es de 500 metros.

El número de blancos viene á ser de medio millón, que hablan castellano, lengua que se va abriendo paso entre los 26 idiomas indios que aun se emplean. Sin embargo, los indios bravos ó *lacandones* no sólo conservan su lengua obstinadamente, sino las prácticas del paganismó, haciéndose temible su vecindad.

Como sucede en Méjico, el país se divide en tres zonas, dependientes de la altura: *tierras calientes*, *tierras templadas* y *altos*.

Pero demos ya cuenta de las cosas que le ocurrieron á Federico Artola. Una vez, pues, en Izabal, tomó la diligencia que debía conducirle á Vera Paz ó Coban, y bien podía asegurarse que el trayecto era un verdadero paraíso: la carretera pasaba á través de inmensos bosques de piramidales liquidámbares que exhalaban delicioso

perfume, por rezumar de ellos una olorosa resina. Numerosas especies balsámicas, cañas de descomunal altura y grosor, gomeros, dragoneros, que crecían á profusión en las laderas de los montes; de vez en cuando cercaba la diligencia un enjambre de pintadas mariposas, ó se veía correr por entre la espesura el colmilludo danta ó tapir, cuya piel tiene seis dedos de espesor. Mas no todo era bosque: este cedía á veces al cultivo, y entonces aparecía alguna grandiosa finca de café, en cuyos hatos se veían pacer ganados.

Y de nuevo se confirmó Artola en la idea de que el porvenir de los paisajistas está en la América del Centro, ó en la del Sur, ya que los aspectos que ofrece allí la naturaleza superan, sin comparación, en magnificencia á cuanto se ve en Europa.

Noventa kilómetros dista Coban de Izabal, pero no sintió Artola el menor cansancio por la prolongada reclusión en la diligencia, cuya delantera ocupaba, sin dejar de mirar ni por un instante. Por fin, se echó la noche encima, desapareció el paisaje, y á la primera hora del alba del siguiente día pudo ver nuestro viajero emplazada en una altura de la sierra la histórica capital de la Vera Paz, á donde llegaron al cabo de una hora.

Hállase Coban á orillas del Cojabón, afluente del Polochic, y contiene 15.000 habitantes, en su mayoría indios; desde mucho antes de llegar á la población, vense á ambos lados de la carretera hermosísimos jardines, en cuyo fondo se divisan las blancas paredes de las casas ocultas entre la arboleda. El caserío de la ciudad es sumamente original, pues consiste en casas bajas, cubiertas de teja, con una galería en la fachada de la calle, pero apenas si puede verse ninguno de esos edificios por estar como escondidos dentro de un impenetrable cercado formado por gigantescas enredaderas, las cua-

les acaban por reunirse con las de la frontera cerca formando una bóveda de verdura.

El único monumento notable es la iglesia, de bella arquitectura española. En el corto tiempo que permaneció Artola en la plaza pudo ver que predominaba el elemento indio, y que eran en gran número los telares y tintorerías. Muchas mujeres hilaban á la puerta de sus



Buitre.

casas, y no pudo menos de fijarse nuestro héroe en el peinado que usaban, consistente en unas larguísimas trenzas sujetas con un cordón de lana de color de amaranto, adornado en su extremo con bellotas amarillas, que cae, formando festón, hasta los talones. Todas ellas vestían de percal de cuadros azules y blancos.

Era deliciosa la temperatura; aparecía sereno el cielo; daba envidia la feliz existencia que debían gozar los

moradores, bien instalados en sus casas rodeadas de mirtos y rosales. Revoloteaban por los aires inmensas bandadas de pájaros de peregrino plumaje, y para colmo de satisfacción pudo admirar Artola en una vasta pajarera el magnífico *quezal*, verde esmeralda, oro y púrpura, cuya cola mide un metro.

Dolióle en el alma á Artola tener que abandonar aquella apacible ciudad, donde de buena gana, á lo que le



1: India de Quetzaltenango.—2: Indio de San Marcos de la Laguna.—3: India de los alrededores de Guatemala.—4: India de Guatemala.—5: Indio de Santa María de Jesús.—6: Indígena de Mixto.—7 y 8: Indios de Santiago Sacatepiquez.

parecía, hubiera fijado sus reales, pero no había más remedio que dejarlo, y así, subiendo de nuevo á la diligencia, prosiguió su viaje, siempre en ascensión, hacia el Sur, á través de la cordillera. El carruaje pasó por Taltique, Salama,—ciudad de aspecto hispano,—Chinanta, sin contar infinidad de aldehuelas y ranchos, y no podía darse más variadísimo panorama que el que de continuo se ofrecía á la vista. Ora había que ganar

una empinada cuesta, ora que descender á un profundo valle; atravesábanse largos desfiladeros, cruzábanse impetuosos ríos y torrentes como el Motagua, el Plátanos y el río de las Vacas. Pero lo que sobre todo atraía la atención de Artola era la vegetación exuberante que cubría las faldas de aquellas sierras: predominaban entre los árboles los liquidambares y los pinos, y entre las flores las encarnadas rhexias, las colosales *monteras del demonio*, de color violeta, semejantes á un cisne suspendido por el pico cuando está cerrada, y á un carro forrado de terciopelo cuando su corola abre; los amarilis, los claveles de Indias, las trepadoras glicinas, girosoles y clematides.

Con viva sorpresa hubo de convencerse Artola al salir del valle de Taltique de que estaba nevando, cosa que no esperaba, y por lo mismo agradeció el aviso que le habían dado en Izabal de que tuviese siempre á mano un buen abrigo. Por fin, después de haber bajado al valle de Chinanta comenzó la ascensión hacia la meseta de Guatemala, por entre una como colosal hendidura en el seno de las cordilleras.

Llegado á lo alto de la sierra desarrollóse repentinamente el más espléndido panorama con que pudiera soñar un pintor escenógrafo: una llanura toda verde, en lontananza los volcanes, y á corta distancia la magnífica Guatemala erizada de campanarios y torres, y blanca y verde como un ramillete de azucenas.

Apenas en la capital de la próspera república—madre, ó sea en Nueva Guatemala ó Santiago de Guatemala,—sintió Artola que era el centro de un grande Estado, en el concepto de Estado de espléndido porvenir, de grandes ideales que realizar: sería pura intuición, arbitraria hipótesis, pero ello es que Artola estaba convencidísimo de que *aquello* había, con el tiempo, de engrandecerse soberanamente.

Hállase emplazada Guatemala en un valle fértil y delicioso que se va inclinando hacia el Pacífico, del cual dista poco más de veinte kilómetros, sirviéndole de puerto el de *San José*. Su altitud, 1529 metros; población, 71,000 habitantes. Disfrútase siempre en ella una temperatura primaveral, pero en menos de veinte leguas á la redonda puede experimentarse el efecto de los más extremos climas: y en efecto, al paso que en la costa del Pacífico es el calor tan ardiente como en el Ecuador, aparecen heladas las corrientes del *Volcán del Agua*, á cinco mil metros de altitud.



Iglesia de la Merced.
Guatemala.

Catedral de Guatemala.

Las calles están perfectamente pavimentadas de piedra y tiradas á cordel, según usanza de nuestros colonizadores; su anchura general es de 12 metros, y todas, como la de San José de Costa Rica, están regadas por un arroyo de agua viva. A causa de los terremotos, harto

frecuentes en toda la América Central, las casas no tienen más que un piso; todas ellas con jardines, fuentes y agua corriente, fresca y cristalina y dispuestas como las de Andalucía, con su patio central. En la Plaza Mayor, cuadrado regular de 193 $\times$ 165 metros tienen su asiento la *Catedral*, majestuoso edificio; el *Palacio del Gobierno*, antigua residencia de los Capitanes Generales; el Ayuntamiento; la Audiencia; la Casa de la Moneda, todos ellos porticados. En el centro aparece un magnífico estanque, con una fuente octógona, coronada antes por una estátua de Carlos IV.



Una calle antigua.—Guatemala.

Visitó ante todo nuestro héroe la Catedral, obra de un arquitecto italiano (1730) y no pudo menos de quedar satisfecho de su buen gusto; hállase dividida en tres naves de medio punto, de elegante sencillez, y el altar mayor, de madera dorada, armoniza muy bien con el carácter del edificio; pero lo que sobre todo le asombró fué el grande número de esculturas de peregrino mérito que contiene, obra de artistas guatemaltecos, sobra-

damente dignos de figurar en la historia del arte; notables también, aunque no tanto, son las pinturas.

Veinticuatro iglesias hay además en Guatemala, siendo las más notables las de Santo Domingo, la Merced,—con dos robustos campanarios,—el Panteón ó San Francisco, emplazado en la parte más elevada de la ciudad, y Recoletos, cuyas torres producen el más pintoresco efecto, y Santa Teresa, de noble cuanto sencilla arquitectura.



Teatro Colón.

Parque Central.—Guatemala.

Honra á Guatemala su magnífico hospital, espléndidamente dotado, y es objeto de orgullo su Universidad, edificio de carácter severo y del mejor gusto, con un admirable Museo de Anatomía, rica Biblioteca y un interesantísimo Museo de Historia Natural. Las facultades son las de Jurisprudencia, Medicina, Ciencias Exactas y Ciencias Naturales; existe además una importante Academia de Bellas Artes.

Muchos son los edificios suntuosos en que se albergan establecimientos de crédito, mereciendo particular mención el *Banco Agrícola-Hipotecario*, primera construcción de ladrillo y hierro hecha en Centro América, y cuyos mármoles, decorado y fundición fueron traba-

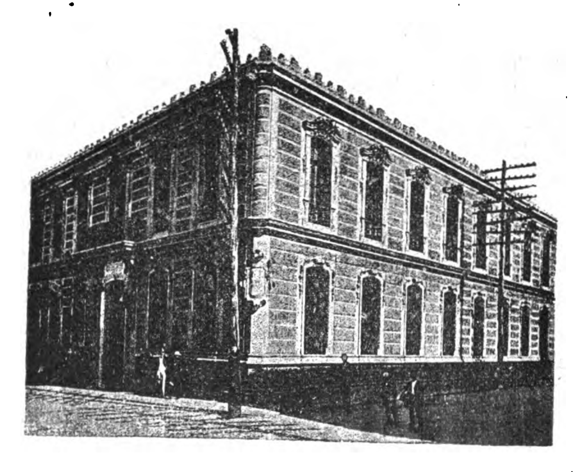
jados en Guatemala. Proyectó la obra nuestro compatriota el arquitecto D. José de Bustamente. Ocupa este edificio un solar de 700 varas cuadradas, en la calle 10.ª, y costó el terreno 45,000 duros, lo cual da idea del valor que han ido adquiriendo allí los terrenos.

Por consejo de un amable compañero de fonda trasladóse Artola al mercado, que se celebra en la Plaza Mayor, y hubo de felicitarse de haber visto aquello, pues era un espectáculo por demás interesante: vendían los unos, procedentes de Jocotenango, al Norte, carbón, madera de pino, y frutas, especialmente *jolote;* vendían otros, las mujeres que subían de Chinanta, curiosas vasijas de barro, de forma y dibujo evidentemente heredados de los antiguos mayas; traían del Sur leche, hortalizas y frutas de los paises templados; del Este las producciones de la zona tropical, azúcar, algodón; bajaban de los *Altos* los indios de allá, los más gallardos de la América Central, de rostro más ovalado y más barbados que los otros, con telas de lana, con sombreros de palma, con trigo, y sobre todo con cacao, traido de Soconusco, del famoso *Soconusco,* la tierra del mejor cacao del mundo. Artola no pudo resistir al deseo de probar el renombrado *pulque* y acercándose á una cantina de las muchas que en la plaza había pidió algunos centavos del célebre líquido, espeso y rojo caldo compuesto de maiz, pimientos y fragmentos de tortilla.

Casi todos los individuos que veia eran indios: cobrizos los unos; como de Tierra Caliente; los otros de color de hollín, mestizos de americano y africano; eran los *Zambos,* de quienes no hay que fiar mucho; habitantes de Pahú y Jocotenango, con zaragüelles; ladinos., etc., etc.

Nueva Guatemala es una ciudad absolutamente moderna, pues fué fundada en 1775 para reemplazar á la *Antigua Guatemala,* ó como se llamare al principio,

Santiago de los Caballeros de Guatemala y de la cul fué regidor perpetuo el célebre Bernal Díaz del Castillo, oficial de Cortés y el mejor historiador de la conquista de Méjico. Mas no por eso ocupa Nueva Guatemala una situación exenta de peligros, pues tiene tres temibles vecinos, el Volcán del Agua, de simétricas líneas, á 7 ú 8 leguas al N.; el del Fuego, casi ocultó por una cadena intermedia, y el de Pacaya, al S.



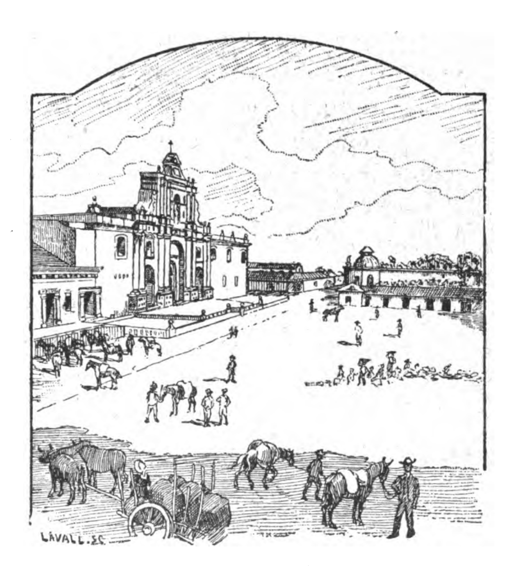
Banco agrícola hipotecario.—Guatemala.

Hubo al día siguiente de su llegada de recibir Artola las esperadas instrucciones, y casi le pesó que no se hubiese extraviado la misiva, pues se le ordenaba un viaje por diversas partes de Guatemala, y para coronamiento, una excursión al Salvador; y no por cosa de poca monta, sino que se trataba de cuantiosos intereses. Indudablemente debía tenerse gran confianza en su inteligencia, celo y honradez.

En su consecuencia, hubo de ponerse en relaciones con varios capitalistas de la plaza, en todos los cuales se vió obligado á reconocer la mayor finura, y aun hubo

de intimar con uno de ellos, que se empeñó en obsequiar á Artola con una gira á la Antigua, asegurándole que nada tenía que temer de los volcanes, aunque á Artola, á la verdad, no dejaban de inspirarle algún cuidado el agua del uno y el fuego del otro.

Llegó el día señalado para la excursión, y no pudo mostrarse más complaciente el tiempo; corría la tercera



Plaza de la Antigua.—Guatemala.

decena de diciembre, y sin embargo, hubiérase dicho que transcurría Mayo. Dista la Antigua Guatemala treinta y cinco kilómetros al N. de la Nueva; cruza por allí el río *Pensativo* y como si se empeñara en desafiar á los volcanes que de contínuo la amenazan, aumenta constantemente su población. Nadie se acuerda, por lo visto, de la terrible catástrofe de 1541, cuando inundada la ciudad por el agua hirviente que lanzó contra ella el volcán vecino, perecieron miles de personas, entre ellas la in-

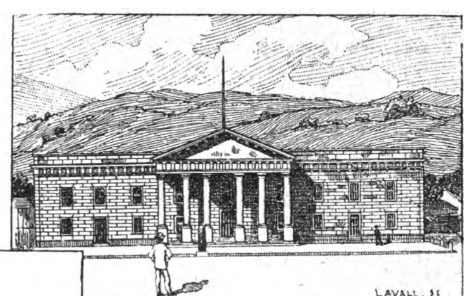
feliz D.ª Beatriz de la Cueva, viuda del conquistador Alvarado, con toda su familia y servidumbre, arrebatados por la corriente.

La partida resultó amenísima, y en ella tuvo ocasión Artola de deleitarse con los sones de la *marimba*, singular instrumento de que no puede formarse idea sino oyéndolo: trátase, en efecto, de una serie de 22 tubos del mismo diámetro, pero de longitud decreciente; cada tubo está cubierto por una que llamaríamos tecla y tiene, en lo bajo, una abertura obturada con una membrana de tripa de buey; percútese el teclado con un martillito; agítase el aire y pone en vibración la membrana, que rinde un sonido musical correspondiente á la longitud del tubo. El sonido es muy armonioso, y recuerda el del piano. Los *marimberos*, aparte de esto, alardearon de la mayor habilidad ejecutando con su instrumento las más distintas piezas, desde el vals hasta el himno patriótico; Artola reconoció de buen grado que aquellos indios están dotados del más exquisito instinto artístico. Aparte de esto, hicieron también su papel en los bailoteos una especie de bandolín de una sola cuerda, chirimias y guitarras.

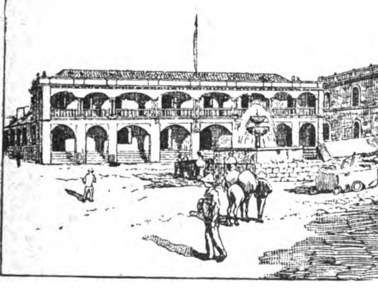
A pesar de todo, no las tenía todas consigo Artola al ver tan cerca de allí el Volcán del Agua. ¡No fuera á escaldarle!

De regreso á Nueva Guatemala, descansó nuestro héroe á pierna suelta, y ya desde el siguiente día comenzó á recorrer las localidades señaladas en el itinerario que se le había prefijado: bajó al puerto de la Independencia, donde volvió á ver el Pacífico; subió luego á la cordillera, y estuvo en la moderna ciudad de Amatitlan á 30 kilómetros al S. E. De Nueva Guatemala, en un delicioso valle de *Tierras Calientes*, con 15,000 habitantes, indios y mestizos (especialmente *zambos*.) *Amatitlan* significa en indio la ciudad de las letras, por la habilidad

con que aquella gente sabe grabar geroglíficos en la corteza de los árboles. El valle rinde una inmensa cantidad de cochinilla. Cerca de la ciudad hay un lago profundísimo y numerosos manantiales termales, y al S. del mismo lanza su siniestra humareda el Pacaya (2550 metros.) Subió luego á los *Altos* y estuvo en Solola (distrito de Quetzaltenango,) con muchas fábricas de algodón, excelentes trigos, y dos volcanes; y en *Chiquimula de la Sierra* con 30,000 habitan-



Penitenciaria de Quetzaltenango.



Casa nacional de Quetzaltenango.

tes; en *Totonicapan*, á 186 kilómetros de Guatemala, con fábricas de géneros de lana y magnífica loza vidriada; volvió á gozar de las delicias de Coban, donde permaneció dos días cogiendo flores y cazando pájaros, que conservó cuidadosamente, y terminó su excursión con una vuelta por el paradisíaco *Peten*, entre Guatemala y el Yucatán. Alli admiró el incomparable lago de Itza, sembrado de risueñas islas, todas ellas cubiertas de interesantísimas ruinas del mayor interés arqueológico El país, formado de colinas arboladas que alternan con planicies, es fertilísimo, abundando en cacao, café, vainilla, tabaco maiz, zarzaparrilla, copal, palos tintóreos, etc.; pacen en

las praderas innumerables rebaños. Todo crece de una manera prodigiosa, y casi podría decirse que espontáneamente. Artola quedó asombrado de aquel paraiso, que tiene por capital á *Flores*, en una de las islas, y, por si no bastaba á admirarle la profusión de antigüedades que por do quier se veían, llegó al colmo su entusiasmo al visitar las magníficas cavernas, revestidas de estalactitas de mágica hermosura, que en las orillas del lago se encuentran á cada paso. La gente corresponde en un todo á la naturaleza de la comarca, y recuerda por sus costumbres la antigua Arcadia.



Figura de un altar de sacrificios. (Coban.)

VIII

San Salvador.—Geografía física y política.—Producciones.—Cultura del país.—Sobre las lenguas americanas.

Realizado su cometido en Guatemala, tomó Artola el tren que, pasando por Escuirtla, le bajó al puerto de San José, en el Pacífico, donde se embarcó con rumbo á Libertad, puerto de San Salvador.

Es esta floreciente república, la menor en extensión de las cinco centro-americanas, pero también la más poblada, y no sólo de allí, sino de toda América, como ya hemos dicho. Su extensión, 20,700 kilómetros cuadrados; población 778.000 habitantes. Su nombre en indio es *Cuscatlán*, que significa «país de riquezas,» sin duda por sus minas de plata, plomo, y hierro, y sus productos en añil, tabaco y plátanos.

Confina al Norte. y al Este con Honduras, al Sur, con el Pacífico, al Oeste. con Guatemala, y es la única de las repúblicas centro-americanas que no sale á la vez al Atlántico y al Pacífico. Forma como una estrecha faja á lo largo del Grande Océano; el terreno, llano en el litoral, va elevándose hacia el interior, formando una vertiente cubierta de espesos bosques que termina en una alta planicie, en comunicación inmediata con la meseta de Honduras. Dicha planicie mide 50 kilómetros

cuadrados, se halla á 600 metros sobre el nivel del mar y presenta varios volcanes, que continúan la hilera de



Tipos ladinos.—El Salvador.

los que tiene Guatemala en el litoral pacífico. Los más imponentes de estos volcanes son el Chicontepec ó San Vicente (2400 metros;) el San Miguel, (2153 metros,) en

la actualidad en reposo, y el Izalco (1875 metros,) siempre flameante, por lo cual es conocido por los marinos con el nombre de *El Faro del Salvador*. Otros volcanes hay, que arrojan lodo ó agua.

Ningún río de consideración cuenta el Salvador, pero si tiene varios lagos, entre ellos el de Ilopango, singularmente parecido por sus tortuosidades, estrechos y brazos al de los *Cuatro Cantones*, de Suiza y como éste, sepultado entre magníficas montañas. Tiene el Ilopango 9200 metros de longitud por 7300 de anchura y 300 de profundidad. En él eran arrojadas cada año, en tiempo de la idolatría, cuatro vírgenes, sacrificadas á Xochiquetzal, diosa de la lluvia.

Constituyen la mayoría de la población salvadoreña los *indios ladinos;* siguen luego, en proporción, otros indios, de estirpe azteca, que hablan aun el *nahuatl*, y vienen por último los blancos, que constituyen sólo la cuadragésima parte de la población, la cual, aparte de esto, se acrecienta rápidamente sin necesidad de inmigraciones y por el sólo hecho del grande exceso de los nacimientos sobre las defunciones, fenómeno que se observa también en Guatemala.

El importante papel que ejerce el elemento indio se revela, entre otros, en la toponimia del país; no solamente llevan nombres indios las cumbres de los ríos, lagos, montañas y volcanes sino también las localidades: Almachapan, Atiquizaya, Cojutepeque, Chinameca, Quezaltepeque, Izalco, Chalchuaca, Coatepeque, Opico, Chalatenango, Ilobasco, Nahuizalco, Sonsonate, Zacatecoluca, Acajutla, Olocuilta, Jucuapa, Sensuntepeque, Salcoatitan, etc. Son españoles, sin embargo, San Salvador, San Miguel, San Andrés, San Martín, Zaragoza, Santa Rosa, Santa Ana, La Unión, San Vicente, Santiago, San Alejo, el Sauce, La Libertad, Berlín, Armenia, y otras.

San Salvador, á menos de 50 kilómetros del Pacífico, á 667 metros de altitud, al pie del Quetzaltepec, que eleva su cima á 1961 metros y á orillas del Bermenillo, es una ciudad hermosísima, pero todavía más culta é ilustrada que hermosa. Los terremotos horribles que ha sufrido á veces no han conseguido obligar á sus habitantes á trasladarse á otro lugar, antes bien sólo han servido para que, á cada reedificación embellecieran más y más su capital.

La ciudad, en la que se albergan más de 16,000 habitantes, tiene las calles anchas y tiradas á cordel, con soberbias avenidas, todas muy limpias y bien cuidadas. Descuellan entre sus edificios la nueva Catedral y la Universidad, la primera con dos hermosos campanarios y una atrevida cúpula, y la segunda de estilo severo y sencillo; el cuartel de artillería, que es una verdadera fortaleza; la Academia de Ciencias y Bellas Letras, el Capitolio y demás palacios oficiales, y los Bancos. Para esparcimiento del vecindario cuenta con los magníficos parques de Bolivar y Morosan; recórrenla varios tranvías y está en comunicación ferroviaria con numerosos pueblos de las afueras, Santa Tecla y Santa Ana. Su industria consiste en fábricas de aguardiente, de hielo, de electricidad, etc. Merece especial mención el grandioso lavadero, á orillas del Acellusate, donde hay también sus balnearios, y es digno de verse al Campo de Marte, donde se verifican los ejercicios militares.

En cumplimiento de las instrucciones recibidas trasladóse Artola á la ciudad de Sonsonate, en comunicación ferroviaria con la capital, de la cual dista 90 kilómetros; es población importante por su situación á orillas del Pacífico, en el fondo de una segura bahía, junto á la embocadura del Sonsonate, derivación del indio *Zezontlatl*, que significa *cuatrocientas fuentes*. Contiene 5000 habitantes y es muy comercial, pero también muy ilustra-

da. También son puertos del Grande Océano *La Unión*, *San Miguel* y *Conchagua*, en la bahía de este nombre. San Miguel contiene unos díez mil habitantes, casi en su totalidad indios. Por fin, estuvo también Artola en Matapos, cerca del lago de Guijas, rodeado de fráguas, en las que se trabaja el hierro procedente de las numerosas minas que en la comarca existen.

La prosperidad y cultura de la república del Salvador, y hasta su misma configuración movieron á Artola á calificarla de un *pequeño Chile*, y en cuanto á bellezas naturales, no hay que decir tratándose de un país centro-americano.

De nuevo en la capital hubo nuestro héroe de contraer estrecha amistad con un joven salvadoreño, en quien descubrió una inteligencia tan clara como noble era su corazón y cultivado su entendimiento. Presentóle en la Sociedad Científico Literaria *La Nueva Generación*, de la que formaba parte, y pudo allí convencerse nuestro ingeniero del envidiable grado de cultura que alcanza la juventud de aquella capital, perfectamente al corriente del movimiento literario europeo, quizás en perjuicio de la espontáneidad nativa, aunque ya, afortunadamente parecen comprender los poetas y noveladores así salvadoreños como centro-americanos en general, que no deben moverse de casa para encontrar los más sublimes ó interesantes asuntos de inspiración.

Cuéntanse entre los buenos poetas salvadoreños Francisco de Asis Gamboa, asimismo ilustre pedagogo y elocuentísimo orador, vulgarizador de los abstrusos problemas científicos; Francisco Gavidia, también enérgico cuanto inteligente periodista; Guevara Valdés, Isaías Gamboa, Miguel J. Peña, Vicente Acosta, Velado y tantos otros; descuellan como profundos antropólogos el doctor Juan Bertri, Jerónimo Puente, Prowe, Guevara y Castañeda; como atildados escritores en prosa, Alberto

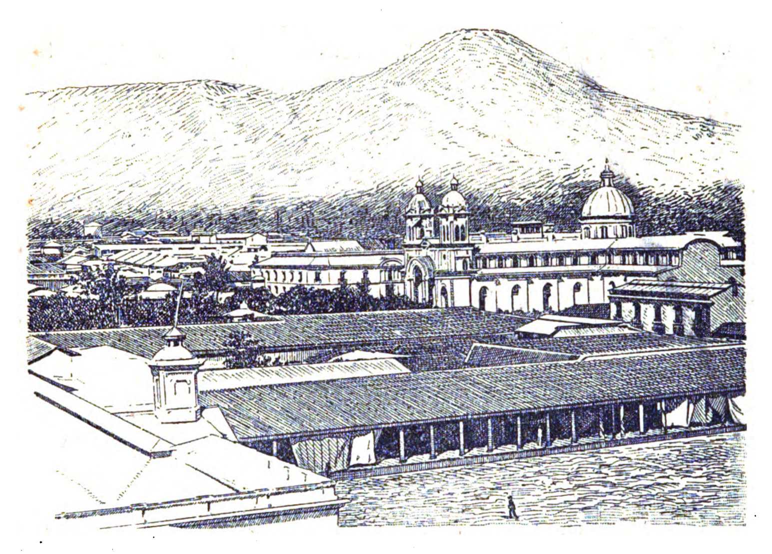
Masferrer, Salvador Carazo y Víctor Jerez. Ello es que si Guatemala es, por decirlo así, el centro político de la América Istmica, el Salvador lleva trazas de ser su centro intelectual, rivalizando con Nicaragua, donde como ya se ha visto, es asimismo notable el movimiento literario.



Lago de Ilopango.—El Salvador.

El joven socio de la *Nueva Generación*, amigo de Artola, le invitó un día á pasar á su casa á ver la modesta colección de antigüedades precolombianas que habia reunido. Extrañóse algo de ello nuestro héroe, pues creía que la tierra clásica de aquella antigüedad era Guatemala, – donde se escribiera el poema cosmogónico del *Popol Vuh*,—ó bien Honduras, y aun Nicaragua, pero no tardó en convencerse de que si la arqueología del Salvador es apenas conocida depende de que no se ha buscado. Artola pudo admirar varios vasos de

tierra negra y lustrosa de los llamados *silbadores* y una estatuita de barro, representando un bebedor; otros vasos de barro, ó de lava, destinados á recoger el *bálsamo del Perú*, copas, trípodes, ídolos, estatuitas, etc. El salvadoreño hubo de decirle que el nombre de bálsamo

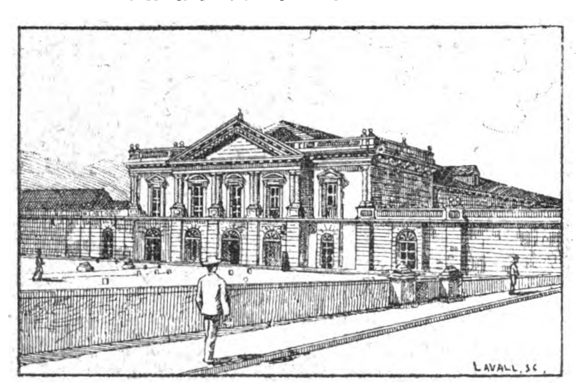


Vista de San Salvador.

del Perú es impropio, pues sólo se recoge en *el país de las riquezas*, y se manifestó muy disgustado de que los indios no dejasen hacer investigaciones en las ruinas de Opico y Tocoluca, no menos interesantes que las del Peten, en Guatemala, Chontales, en Nicaragua, Copan, en Honduras, y Palenque, en el Yucatán. Era muy ilustrado, á no dudar, el salvadoreño, y le manifestó que en su opinión existía una lengua madre de todas las lenguas habladas en América,—el quichúa y el aymara, peruanos; el araucano, chileno; el paez, el nahuatl, mejicano; el chibolu de Colombia; el guaraní del Brasil,—y esa lengua era el maya.

Había terminado la misión de Artola en Centro América, y no pudo menos de lanzar un suspiro de satisfacción cuando, al regresar á Libertad, se encontró con que no recibía ningún otro telegrama, prolongando su vuelta á las minas.

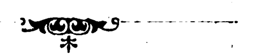
—¡Gracias á Dios! exclamó. ¡Como no se les ocurriera ahora enviarme á la Groenlandia ó á la Tierra del Fuego!



Tealro Nacional.—San Salvador.

Sea como fuere, —y ya tranquilo respecto á nuevos viajes,—no pudo menos de declararse satisfecho Artola de haber realizado aquella expedición por todo Centro-América, cuyas divisiones en tantas repúblicas comprendía perfectamente, pues todas se parecen, al mismo tiempo que todas tienen caracteres propios.

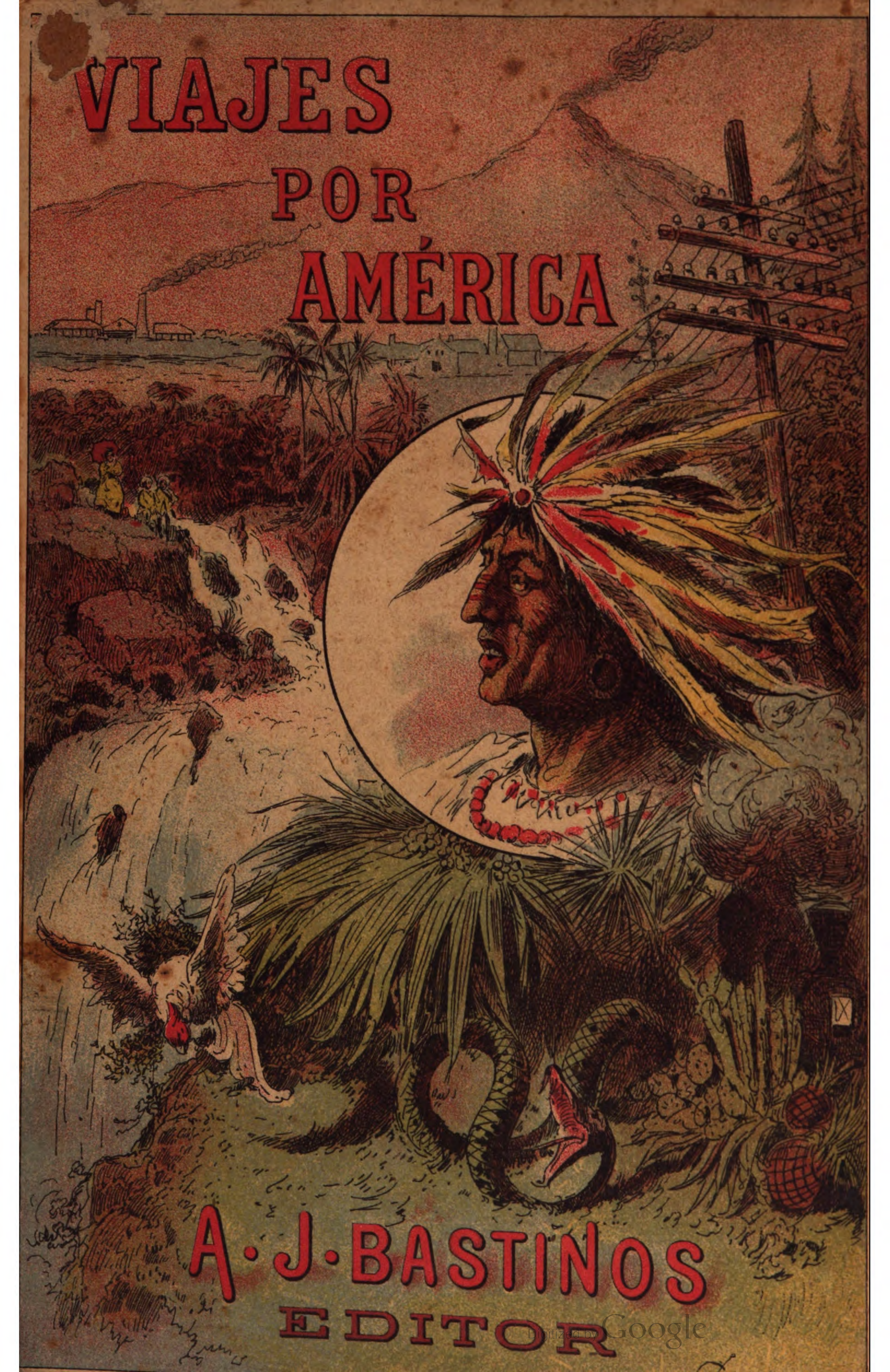
Parece que Federico Artola se ha ido acostumbrando á la vida del desierto, pero es indudable que no debe perder el tiempo, y que algún día nos dará á conocer el resultado de sus estudios sobre la América Central, cosa que deberá llenarnos de satisfacción á cuantos nos interesamos por la prosperidad de aquellos símpáticos y activos Estados.






BIBLIOTECA DE CATALUNYA




VIAJES
POR
AMÉRICA
A·J·BASTINOS
EDITOR